CÉSAR AIRA

La Sala

Una novela francesa



RANDOM HOUSE

CÉSAR AIRA

La Sala

Una novela francesa



RANDOM HOUSE

Hace unos meses abrió aquí cerca, en el corazón de París, una salita de cine que pasa solamente unas películas muy especiales, y tiene un público igual de especial. En el barrio se ha instalado una gran colonia de inmigrantes coreanos. Se ha vuelto una especie de chinatown con sus comercios, sus restaurantes, toda una sociedad propia de ellos. En fin, no me quejo, le da un poco de color a una zona de la ciudad que se había vuelto bastante gris. Lo que faltaba era el cine, y ahí lo tenemos, o mejor dicho lo tienen ellos. Porque fue la colectividad coreana la que acudió en masa, y lo llena todos los días, lo llena y lo vacía, por las tardes, por la noche temprano (cierra a las diez), sobre todo un público juvenil, que no pierde mucho tiempo adentro, cinco o seis minutos, entran y salen, es un movimiento continuo. No les cuento la cantidad y el tenor de las especulaciones con que quisimos explicarnos lo que pasaba. Sospechamos lo peor, por supuesto, pero resultó algo inocente, más que inocente, de color religioso, o no tanto, de creencia, o superstición, como quieran. Tuve que ir a ver para empezar a entender. Lo que se proyecta en la pantalla es una secuencia de tomas breves, de un minuto o dos, sin movimiento, en blanco y negro... de lápidas, estelas, pequeños altares... Se trata de cementerios de Corea. Que son de Corea lo supe después, cuando me apersoné de toda la historia, pero podría haberlo deducido por las inscripciones en los monumentos funerarios. Debo decir que el

espectáculo, que no comparte nada con lo que nosotros llamamos espectáculo, tiene su encanto. Son filmaciones viejas, calculo que de los años cincuenta, en un blanco y negro que ha envejecido bien. Parecen mudas, pero prestando atención se oye el sonido ambiente, que es más bien el silencio ambiente, ya que los cementerios, en Corea como en cualquier otra parte, son lugares callados. Aguzando el oído, y en los raros momentos en que las entradas y salidas y los cuchicheos de los jóvenes espectadores están en pausa, se oye el piar lejano de un pájaro, o el soplo del viento, a veces el rumor de la lluvia. Estas tomas, como digo, se suceden una tras otra sin repetirse, durante las cinco o seis horas que la Sala está abierta. No hay intervalos ni acomodador. La entrada es muy barata (cinco francos), los habitués no necesitan ayuda para instalarse en un asiento, las imágenes son siempre diurnas, de la pantalla se derrama a la Sala un gris perlado en el que es fácil orientarse.

Cuando uno sabe de qué se trata, no lo encuentra tan raro. Es una tradición religiosa iniciada en Corea después de la guerra que asoló el país entre 1950 y 1953. Al cesar el conflicto, la recuperación económica, a cargo de un pueblo laborioso y disciplinado, no se hizo esperar, y junto a ella florecieron placeres y diversiones con los que la población se tomaba la revancha de los rigores pasados. Pero no lo hacía sin escrúpulos. En las posguerras suele haber un irracional sentimiento de culpa por haber sobrevivido; sumado al tradicional respeto por los mayores propio de los pueblos orientales, se instaló la costumbre de visitar las tumbas de los seres queridos caídos en la contienda, en vísperas de una fiesta o cualquier tipo de diversión mundana, como para pedir permiso de gozar. Hasta ahí es comprensible, dentro de lo bizarro de una civilización exótica. Lo

siguiente, aunque también comprensible, es un poco más raro. Para hacer estas visitas piadosas o expiatorias sin necesidad de trasladarse lejos, se crearon en áreas céntricas de las ciudades, en claros que habían dejado los bombardeos, pequeños cementerios que no contenían restos sino pura escenografía. Cuando comenzó la emigración la costumbre estaba tan arraigada que no se concebía gozar de ninguna diversión sin la visita previa a los ancestros (los héroes de guerra habían ascendido a antepasados ilustres, por una escalada natural del respeto). Con el antecedente de los cementerios pura fachada, y haciendo alarde de la desenvoltura con que manipulaban la realidad, están estas filmaciones con las que el coreano, joven o viejo, en cualquier rincón del mundo, puede pedirles la venia a sus muertos para gozar de la vida.

Estos cuasifilms impregnados de piedad y culpa sirvieron de antecedente y práctica de la cinematografía comercial coreana que vino después. Kilómetros de celuloide subsidiado por el gobierno, centenares de horas de filmación no podían dejar de tener un efecto de aprendizaje. Por supuesto que es más fácil que hacer películas de verdad, pero todo lo que conforma el cine está presente en estas, así sea en grajeas. Hubo que tomar en consideración la luz ambiente, hacer foco, encuadrar. Lo único que faltó fue el montaje, innecesario cuando no hay narración; tuvieron que aprenderlo después. Para un cineasta perezoso, es el ideal: todo está reducido a la toma, el principio ya es el fin. No hay que lidiar con productores y presupuesto, con actores y actrices, con continuistas ni diálogos ni escenas de acción. Y también es utópico saber que cuenta por adelantado con un público cautivo que irá sin pretensiones de entretenimiento o calidad artística. Era el público que veía entrar y

salir de la Sala por las tardes, en su mayoría jóvenes muy jóvenes que ya tenían muy poco de coreano más allá de los rasgos faciales, y seguramente usaban la Sala como punto de encuentro para sus salidas nocturnas. O quizás iban para darles el gusto a sus padres o abuelos.

Estuve releyendo el primer capítulo y lo encontré bastante bien escrito. Claro, comprensible, sin comentarios proliferantes, las transiciones en su lugar, cada oración se sigue de la anterior por un motivo, no solo por venir después. Tampoco hay opiniones que nadie me pidió. Entonces, ¿por qué no lo escribí cuando debí hacerlo? Creo que en esa negación hay una historia, que intentaré reponer a continuación.

La curiosidad me llevó a la Sala, y una vez saciada la curiosidad, con la información que ya expuse, quedó un resto que me hizo volver, y seguir volviendo. Cuando uno encuentra belleza donde nadie la puso, puede llegar a sentirse un artista, un creador. Eso fui yo cuando sentí que esa forma de cine primitivo, estático, fúnebre y contemplativo era... una forma de cine.

La tibia cinefilia de mi juventud había quedado atrás, ya casi olvidada. Ya lo había visto todo, y me prometí que si veía algo más no lo sumaría. Pero lo que pasaba en la salita no era una suma, más se parecía a una resta. Me volví un habitué. Estaba desocupado, en *chômage*. Me mantenía con la pitanza de la pensión de desempleo. Mi oficio de electricista quedó en pausa. No me molestaba no hacer nada. Una peculiaridad de mi carácter me ha hecho ver siempre desde muy arriba la ocupación del tiempo, en un modo de contemplación, como si no me concerniera. Haber elegido la electricidad como mi campo de acción profesional debió de

responder a este temple mental, en virtud de la anulación del tiempo que operan los circuitos integrados. Ahora bien, sucesivas mudanzas me habían puesto en el corazón de un barrio de coreanos, y ya se sabe a qué extremos pueden llegar los hábitos de laboriosidad de los orientales trasplantados. Diez, doce, catorce horas de trabajo eran lo más común, masas de tiempo ocupado, sólido como el granito, y yo deslizándome por los intersticios, por el laberinto que me conducía a la Sala, en la que entraba como el insecto se introduce en la corola de una flor oscura a libar el néctar que dejó la muerte.

¿Por qué trabajan los extranjeros con tal encarnizamiento? Podría suponerse que lo hacen para darles un ejemplo a los nativos atacados de molicie. Pero como se los ve de lejos están empequeñecidos, y un ejemplo debe ser de tamaño natural para ser ejemplar. Claro está que esto valía solo para una primera generación de inmigrantes. Su psiquismo se torcía en el sentido de la desterritorialización, quizás trabajaban porque no tenían otro modo de sostener el equilibrio, pero las generaciones se suceden rápido, a veces se solapan o se hacen todas simultáneas... Frente a mis ojos se desplegaba una juventud coreana que invadía París con eternidades de tiempo libre. Lo debían de emplear con un remanente de culpa filial, por eso llenaban la Sala, que ya quedaba chica. La visión de los cementerios fantasmas se hacía salteada, al ritmo de las entradas y salidas, pero ese ritmo formaba parte del rito, como el incienso en las ceremonias católicas o el tam-tam del tambor en las invocaciones sexualizadas de los negros. ¿Adónde iban todos esos chicos y chicas de rostros redondos y piel bronceada? Yo no iba a ninguna parte, la Sala era mi punto de llegada en esas tardes sin esperanza.

Un día alguien sentado en la butaca al lado de la mía me dirigió la palabra en la penumbra.

—Bonjour.

Tuve un sobresalto, como si la palabra hubiera salido de uno de los sepulcros. Miré, y me pareció que era Marguerite Duras. ¿Por qué no? Sus películas tenían cierta afinidad con las que pasaban aquí. Alguien se lo habría comentado y había venido a ver. Pero no. Supe que no era porque no usaba anteojos. Era una viejecita coreana toda arrugada, disminuida por la edad al tamaño de una niña de diez años. Estaba vestida de hombre, con un traje anticuado de solapas anchas y una corbata que a la luz lívida de un cementerio lejano parecía de cartón.

—Buen día, señora.

—No se vaya a olvidar el paraguas.

Su acento era decididamente malo. Las palabras le salían deformadas, me costaba entender.

—No es mío. Alguien debió de dejarlo olvidado. Yo no uso nunca paraguas, me trae mala suerte. Le diré más: no tengo paraguas.

Se movió, incómoda, como si le doliera algo. Volvió a acercar la cabeza momificada a mi oreja y me dijo:

—No comprendo.

Una banda numerosa de jóvenes orientales salía en ese momento por la fila donde estábamos, como si lo hicieran a propósito.

—Se van —le dije a mi vecina.

—Se termina.

No se terminaba, pero me sentía tan incómodo con la compañía a la que había accedido que también me fui. Pero la desconocida venía atrás. Me volví:

—¿Terminó por hoy sus ejercicios espirituales?

Soltó la risa, tan deforme como sus palabras. Salimos a la calle.

—No le comprendo bien —me repitió.

—Tengo un pequeño defecto de dicción.

—Ah, era eso. Bien, bien. Mm... Muy bien.

Empezábamos a entendernos. Vi que era un hombre, y no oriental: un francés como yo. A partir de ese momento mi discurso, lo mismo que el suyo, se hizo comprensible. Se presentó:

—Soy el profesor Armand.

—Yo soy electricista.

—¿Tomamos un vaso? Para comparar experiencias.

—De acuerdo.

Entramos a un café que frecuento. Frente a dos Pinerales charlamos largo rato. Armand era muy viejo, podría haber sido mi padre, pero a diferencia de mí tenía proyectos, esperanzas, amaba el trabajo. Era profesor de Biología en el liceo Jules Valles pero quería pasar a las humanidades, hacer carrera universitaria. Tenía en vista una agregación en Nanterre, haciendo caso omiso de la edad. Acumulaba antecedentes conducentes; uno de ellos, una tesina sobre el cine coreano de expiación, tema novedoso en el que ponía grandes expectativas. Pero no le estaba resultando fácil.

—Usted hace obra de bien al escucharme. Un esfuerzo más, por favor, que le confesaré mis dificultades. No sé por qué, perteneciendo a una nación tan literaria como la nuestra, no puedo escribir. Me paralizo, con la pluma suspendida sobre la hoja en blanco. Las palabras no vienen. Sobre todo porque no sé qué decir. Vengo a la Sala a buscar inspiración, y lo único que encuentro es un paraguas que alguien dejó olvidado.

—Yo ni siquiera lo intento.

—Sin embargo usted es joven.

Empecé a ver adónde quería llegar. Me lo confirmó a poco de sorber el primer trago del segundo Pineral:

—Usted, mi joven amigo, podría escribirme un esbozo, como para romper el hielo, y yo después adornaría el texto con un estilo típicamente Segundo Imperio.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Por eso precisamente. Porque no hay ningún motivo para que lo haga, y por ello no habrá tampoco nada que se lo impida desde adentro, donde no hay, perdone la repetición, nada.

—No sé si lo entiendo.

—Quiero decir que a mí, que voy a presentar ese trabajo bajo mi nombre, para que sea calificado y me dé puntos para obtener un puesto, me traba el temor de no estar a la altura, de no hacerlo bien... Mientras que a usted, que lo escribe porque sí, no lo trabará nada. Será como un acto gratuito, lo que no quiere decir que yo no se lo vaya a hacer provechoso de un modo u otro.

¿Hablaba de pagarme? Para ser tan pequeño, era curiosamente convincente. Sugerí un título: Cine y vida.

—¡Perfecto!

—¿Le parece? Es irónico.

—Mejor.

—La ironía del título podría...

—Sí sí.

—... corresponderse con el movimiento...

—Claro, ejem.

—... de entradas y salidas del público, sin esperar el fin.

—¡Por supuesto! ¡Manos a la obra!

Parecía apurado, no quería oír más así que me callé. Tomamos el tercer Pineral. Afuera la niebla se espesaba. Los últimos parroquianos salían, subiéndose las solapas de los sobretodos. A lo lejos, desdibujados por la bruma, los carteles luminosos del *quai* Conti, las letras rotas. Tomé valor para una pregunta más:

—¿Por dónde empezar?

—¿Qué le parece?

—Podría ser...

—Sí, perfecto.

—... por el lugar, París, Corea, el barrio, la Sala, sitios dentro de sitios.

Nos despedimos grandes amigos. Yo iba con la cabeza resonante en un bullicio de cine y coreanos. Un viejo sueño se hacía realidad, el sueño de escribir. Para ser un sueño que me había acompañado toda la vida, persistencia que respondía al alto precio que le di siempre, parece demasiado modesto. Más que eso, parece demasiado fácil de realizar para que siguiera siendo un sueño, una quimera como la de volar o la de volverse rico. No podría explicarlo. Quizás había hecho una interpolación casi metafórica, ya muy de escritor: al hacer arreglos en una instalación eléctrica domiciliaria, con los dedos desprovistos de guantes por la necesidad de captar con un máximo de sensibilidad el recorrido del cableado, siempre estaba presente, como en un texto escrito está presente el sentido, la amenaza de la electrocución súbita. Escribir, en mi imaginación, debió de ser una operación así de delicada.

Subí por la *rue* Néron a paso lento, como si negociara arenas movedizas. La noche se había vuelto brillante como un vidrio. Las

tiendecitas árabes seguían abiertas. Vivo en un sexto piso. A la mitad de la ascensión me detengo a normalizar la respiración. No había dejado de pensar ni en la calle ni en la escalera. De los muchos motivos por los que no había escrito, aun deseándolo tanto, había uno que se distinguía de todos los demás por su peso: siempre me había faltado el tema. Había necesitado tener el qué, la materia sobre la que ejecutar el cómo. No se me había ocurrido salir a buscarlo. Me había quedado en el hueco que dejaba su ausencia. ¡Qué importante es el tema, en la vida y en la literatura!

... Cuando oí la campanilla de la puerta supe que me habían seguido. Camino a casa (venía de una sesión de ocio en la Sala) había tenido la impresión de que alguien me seguía. Lo tomé por una impresión sin fundamento, y quizás tenía razón. Quizás aun teniendo razón, me había equivocado. Al oír la campanilla hizo presa de mí un horror glacial. Sentí que la última defensa había sido violentada y me encontraba al alcance del toque de la muerte.

Parece exagerado. Me explico: se puede ser paranoico, o no serlo, no tiene importancia, cae en el dominio privado, casi siempre es un secreto, o un secreto a voces. Pero, con o sin autoengaño, ser o sentirse perseguido por alguien con malas intenciones es un asunto de progresión. Primeros nos siguen, después la persecución se vuelve acoso, la presión sube, el peligro se hace inminente, las vías de escape más raras... En mi caso, en el caso que comenzaba a vivir en ese momento, no había habido progresión. De un solo golpe, del primero, había llegado al estadio final. No tenía escape. Después de todo, era lo que podía esperarse. Ocupo el último escondite que tendré. Es mi vida la que carece de progresión, es ella la que llegó al estadio final. El cuartucho en el que vivo tiene una sola puerta.

Abrí, como un sonámbulo. Había dos coreanos. Dos tipos sin edad, sin descripción, coreanos puros. Corpulentos, vestidos de negro, cabello corto, los ojos ni abiertos ni cerrados, la piel pulida, oscura.

—¿Sí?

Entraba en una ficción unipersonal: hacía como si les hablara por teléfono. Era una forma de no reconocer su presencia.

—¿Es usted el empleado del señor Armand?

Estoy traduciendo, por eso puede parecer algo rígido el fraseo. Hablaban mal el francés. Me apuré a decir, casi a gritar:

—¡Entren!

Señalé la cama, no habrían podido sentarse en otro lugar. Me apoyé contra la puerta después de cerrarla, y ahí me quedé, la mano en el picaporte. Ahora la situación se había invertido: era yo el que estaba del lado de afuera. Pero en el fondo nada había cambiado.

—Yo, Fon. Él, Ed.

Asentí con la cabeza, reconociendo sus identidades sumarias. Pensé: "phon... ed". Iniciaron un discurso muy laborioso dadas sus dificultades de lengua. En resumen, venían a decirme que el profesor había muerto. Estaba viejo, enfermo, la Muerte había llegado a la cita un día como cualquier otro, y eso había sido todo. Sería igual para nosotros.

Con las mencionadas dificultades hacían lo posible por darme a entender cuánto los había afectado el hecho, contradiciendo la resignación estoica con la que habían empezado. El profesor Armand había sido alguien importante, un enlace irreemplazable entre la comunidad coreana y Francia. Él también había sido coreano... Debieron de ver mi gesto de incredulidad, porque quisieron aclarar el hecho, no pudieron, tendrían que haber dispuesto de tesoros raros de la lengua para explicarse. Se redujeron a decirme que el profesor había sido el primero y único coreano francés. Me resistía a creerlo, el concepto se me escapaba. Lo habría aceptado en un joven, en una segunda generación... ¿Pero un viejo? ¡Si había

muerto de vejez! ¡Precisamente!, decían con gestos mudos los coreanos: había gastado la vida entera en volverse francés, por eso era viejo, su edad era en cierto modo un sacrificio.

Está bien. Dejemos el tema.

—Pobre Armand. Era simpático.

Un silencio. Quisieron saber si había avanzado en el trabajo. Hice una mueca de desaliento. No insistieron. Decían, con gestos, que ya llegaría, era una rutina como cualquier otra, bastaba con ponerse, el tiempo lo hacía todo.

—¿Está de acuerdo entonces? ¿Sigue?

—¿Sigo qué?

—El trabajo.

—Mm.

Podían pagarme, tuvieron la gentileza de decirme, tanto más ahora que la Sala ya no tenía a su cargo la manutención de Armand. Había sido una carga, los gastos de la casa, el gas, la electricidad (eso yo lo sabía bien), el agua. Y el alquiler, por supuesto. De pronto, vi billetes en la mano de Fon, y la codicia se apoderó de mí. Codicia o necesidad, es lo mismo.

Así comenzó la pesadilla real. Entendí todo mal, y entendí bien: la diferencia se anulaba en la acción, en lo real. El malentendido creaba lo real.

Esa misma tarde empezaron a traer objetos, que quedaron bajo mi custodia. Aparatos, paquetes, cajas, bultos misteriosos y bultos sin misterio, envueltos o sin envolver. Los peldaños de madera de la escalera resonaban con pasos de hombres cargados. A partir de entonces, de día, de noche... El cuarto estaba lleno a reventar, pero traían algo más. Hacían lugar, apilaban... Mi cuarto se volvía el

depósito de la Sala. Venían a las horas más inoportunas, siempre discretos, silenciosos, dejaban una cosa, a veces se llevaban otra. Era un ir y venir constante.

Lo cuento resumiendo, pero no tuvo lugar todo de una vez. Fue un proceso. En un momento, en el segundo o tercer día, le di una llave de la puerta a Fon, que dirigía las descargas. Me lo agradeció sin palabras. A partir de entonces el proceso tomó cierto grado de independencia de mi persona. Empecé a ausentarme. A la noche, me agitaba en un sueño incierto, el lecho flotante entre objetos fantásticos. Casi no pisaba la Sala.

No se me ocultaba que había un costado siniestro en la situación. ¿Qué motivo podían tener para esconder sus objetos en mi cuarto? Debía de haber droga, opio quizás, el "big opium" del que se hablaba entonces. Cerraba los ojos. Tendría que haberme escapado, sin dejar rastros, lo que habría sido por demás fácil ya que no tenía con qué dejar un rastro. ¿Pero dónde? ¿Cómo? Aun así, huía. Pasaba días enteros afuera, paseándome de un extremo a otro de París, y volvía al punto de partida. Una huida circular.

Era precisamente el otro lado de la moneda, el reverso de la pesadilla. Un electricista como yo, un obrero, ¿qué hacía viviendo en un estudio cerca del Sena, en uno de los sitios más prestigiosos de la más prestigiosa ciudad del mundo? Pertenecía a otro ambiente, a los barrios obreros fuera de París, a la periferia. Ese había sido el destino de mis padres, de mis abuelos, de mis colegas, el mío también. Me había trasplantado por un esfuerzo de la voluntad, de la imaginación, a un costo inmenso. Lo artificioso de mi posición había terminado por estallar.

¿Pero era de verdad tan artificioso? ¿Acaso los coreanos no vivían ahí? Y todos los demás inmigrantes...

El otro lado de la pesadilla era que mi sueño se hacía realidad. Hice cuentas y vi que ahora, con la plata de los coreanos sumada a lo que cobraba por el desempleo podía pagar el alquiler y los gastos. Sin que esos dos dineros se mezclaran, podía hacer la vida bohemia, de estudiante, la vida que tanto había deseado, contemplativa, desclasada. Ahora se explicaba que estuviera viviendo en ese lugar privilegiado. Como se ve, el sueño tenía un costado muy concreto.

Pero no fue tan fácil. Vino a verme mi esposa. No nos habíamos divorciado, y lo más probable era que no nos divorciaríamos nunca. Es una mujer de la clase obrera a la que yo pertenezco. Un día, una tarde, trabajaba en la cama, muy concentrado, cuando sonó la puerta. Era ella, Hélène.

La campanilla de la puerta de mi cuarto nunca terminaría de describirla, si lo intentara. En las interminables horas vacías de mi desempleo, había fabricado un dispositivo ingenioso, fruto de los conocimientos acumulados del saber hacer de un electricista. Dos timbres opuestos, en fibrillas delgadas, dialogaban en La. Lamentablemente el hábito me había hecho sordo a esas bellezas banales.

—Trring linn nglin...

—¡Pase!

—Trr...

Fui a abrir. ¡Hélène!

—Eres tú...

—¿Esperabas a otra?

—No. ¿Cómo se te ocurre? ¿Porque dije "Pase"? Era por los muchachos del depósito. Ya ves —le indiqué los trastos apilados—. Subarriendo.

Se sentó en el borde de una tumba, yo en la cama, rígido como un tronco. Mi vieja Hélène no tardó en ir al punto: venía por plata.

Su objetivo, como una lupa del interés, me mostró a esta harpía que todavía era mi esposa con una claridad que la primera impresión no me había dado. Los estragos del tiempo eran muy claros en su rostro y sus manos, las únicas partes visibles de su cuerpo. El resto estaba velado: como tantas mujeres de nuestra residual clase obrera, sufría una muy marcada influencia islámica.

Siguió una discusión. Yo estaba en inferioridad de condiciones, no solo por la sorpresa sino sobre todo por la verdad contra la que me estrellaba: ahora tenía un excedente de dinero. Ella no lo sabía, pero yo sí. ¿O ella lo sabía? No. Creí poder adjudicar su visita a la coincidencia. Ella siempre estaba en la postura de pedirme plata, como corresponde a la mujer de un trabajador, y esta ocasión formaba parte de siempre. Miraba mis bienes ajenos.

—Has vuelto a tus caprichos, a tus... "colecciones". Y tu familia tiene hambre.

—Ya te dije que subarriendo. No te daré nada.

—Sí.

—No.

Recurrió a la extorsión:

—Entonces vuelve al hogar. O pagas o vuelves.

—¿Y cómo piensas obligarme?

—Le revelaré a tus hijos tus secretos sexuales. Olvidas que los conozco.

—No olvido nada.

Dudaba de la seriedad de la amenaza, pero el solo hecho de hacerla era inquietante. Ella sabía de mi temor de afectar la integridad psíquica de mis hijos. El motivo es que esta integridad nunca me pareció muy sólida. Nunca me pareció natural que Leon y Hercule fueran gemelos. Habría preferido tener a mis hijos de a uno, pero la Naturaleza quiso que nacieran juntos, y a partir de su nacimiento doble todo me pareció amenazado. El día posterior al parto empecé a trabajar por dos, me volví dos electricistas. De ahí se siguió mi *surménage*, mi *breakdown*, mi huida. Ahora estaban en una edad difícil, doce años, el comienzo de la adolescencia.

—¿Pero qué es lo que haces con todo eso? —Hélène miraba la indecible acumulación del cuarto—. ¿Una nueva manía?

Me cuidé de decir "un nuevo trabajo". Había hecho la promesa de no volver a trabajar nunca más.

Al fin, le di todo el dinero que tenía. Gesto que me obligó, lamentablemente, a cobrar un adelanto de los coreanos al día siguiente. Me hundía más y más en la trama. La pesadilla se profundizaba. Me sentía mal. ¿Pero a quién le importaba? Para los demás soy, al menos antes de verme en las páginas de policiales del diario, un cero a la izquierda. ¿Qué importancia pueden tener mis problemas para alguien que no sea yo?

Debo decir, a propósito, que la pesadilla se profundizaba sobre todo con un detalle (el detalle de la profundidad) del que no he hablado todavía, pero llegado a este punto será inevitable hacerlo.

Voy más rápido en el relato. Me apuro para decir lo esencial. Pero no dejaré de lado ningún detalle pertinente. Salvo uno. Creía poder

dejarlo pasar en silencio, y decirlo de otro modo. Era un error, ahora lo veo: porque no hay otro modo. Vuelvo atrás, entonces.

Durante nuestro primer encuentro, el de Fon, Ed y yo, los coreanos me habían dado como tarea redactar un inventario diario de las cosas que entraban y salían del "depósito", es decir, de mi cuarto. Sugirieron que usara un cuaderno, con la fecha encabezando cada página, y las "entradas" y "salidas". Nada más simple.

Pero las cosas nunca son tan simples. Ya dije que desconfiaba de la legalidad de la operación, por lo cual no quería dejar huellas incriminatorias. Y nada más incriminatorio que un cuaderno escrito por mí, con todos los detalles de un comercio sospechoso. Deformar mi letra, no valía la pena: tengo un respeto absoluto por la grafología. Escribir con un pincel, con la mano izquierda, con los dientes era inútil. Recortar letras y palabras de un diario y pegarlas, demasiado difícil. Tomé otro camino: disfrazar, no la forma, sino el contenido. Inventé personajes para representar las distintas actividades que debía registrar, masculinos para los objetos que traían, femeninos para los que se llevaban. Traté de hacerlo simple, pero no podía ser tan simple si quería un mínimo de precisión. Los objetos que traían y se llevaban eran o bien lápidas o monumentos funerarios, o bien aparatos de cine, así que tuve que crear dos hombres y dos mujeres. Como recurso mnemotécnico usé las razas (un negro y un centroeuropeo, una negra y una coreana). Debería haber creado más personajes para representar el tamaño de los objetos, pero me mantuve en ese elenco reducido que puse a actuar al ritmo del trajín de Fon y sus secuaces, y el tamaño de los objetos lo representé con la cualidad de la conducta de los personajes: objetos grandes, se portaban mal; objetos chicos, se comportaban

civilizadamente. Por ejemplo, si se me aparecía Fon con una tumba del tamaño de un ropero (ingreso/masculino, objeto grande/portarse mal): el negro le pegaba a su esposa. No me importaba caer en el cliché racista: era más fácil de recordar (como, entre paréntesis, lo demuestra la Historia). Mi cuaderno empezó a llenarse de episodios entretenidos, y yo le perdí el miedo a la policía, porque escribir hechos novelescos es lo más inofensivo que uno puede hacer, eso hasta la policía lo sabe.

Lo que no había previsto era que con ese proceder volvía al punto de partida del trabajo de escribir. Y escribir, igual que antes, me daba todos los dolores y las incertidumbres inquietantes de un parto. Estaba en el punto donde había comenzado, pero peor.

Me angustiaba. Cada día tenía menos tiempo para salir a caminar, y si salía, la escritura venía conmigo. Al volver, ¿qué encontraba? Una cosa más, una menos, o dos... Entonces había que inventar... no sabía qué: la entrada de un personaje nuevo, un episodio, una reflexión descosida... Me precipitaba a volver, subía corriendo la escalera, jadeando desesperado, la mano me temblaba en la cerradura... ¿Qué tenía que escribir?

Los objetos (esto puedo decirlo) eran en su mayor parte aparatos de cine viejos, muy primitivos, pero de muy buena calidad. Y había también tumbas de piedra o de cartón piedra, no sé, si no me lo explicaban no podía distinguir las piedras sepulcrales de los moldes para hacerlas, el derecho y el revés se parecían demasiado. No tocaba nada de esas cosas. Los moldes podían estar llenos de opio. Si era así, me encontraba en pleno juego de narcotráfico. ¿Qué hacer? Si el juego era real, lo menos que debía hacer era hacerme rico. Los narcos son ricos.

No podía más. La tensión mental era extrema. En el extremo, empezaba a preguntarme: ¿Era razonable excluir la idea de trabajar? Había huido de mi oficio, había renegado del esfuerzo, en busca de la serenidad, pero volvía al punto de partida por un cortocircuito. Quizás la solución era no renunciar a ningún camino, seguirlos todos... incluido el camino del trabajo. Hice cuentas, por segunda vez en pocos días, pero los resultados no me satisficieron. Aun sumando el salario de los coreanos a la pensión por desempleo y lo que podía ganar como electricista... Pero la idea no era hacerlo todo, más bien lo contrario. La salvación consistía en tener el dinero para liberarme.

Mis vecinos en el sexto eran una pareja de marroquíes jóvenes; ella, muy hermosa, una negra flexible con ojos de terciopelo, y él, un negro hercúleo siempre muy bien vestido, impecable. Se mostraban muy simpáticos conmigo, me pasaban algunas golosinas exóticas, se quedaban charlando cuando nos encontrábamos en el pasillo. Un día, siguiendo un impulso, le pregunté a Oscar, el negro, si sabía de algún trabajo de mi especialidad en la Torre. Él era mozo en el restaurante de la Torre Eiffel.

—Pero su especialidad, señor...

—Soy electricista competente. Creía habérselo dicho.

—Pero sí, por supuesto, señor. Pero sí... —Parecía sorprendido—. Creía...

—Tengo una necesidad urgente.

—¡Pero justamente! Se necesitan todos los electricistas que se puedan conseguir. Y no alcanzan... —Me explicó que para la víspera de Año Nuevo, cuando iluminaban la Torre de arriba a abajo, el trabajo era abrumador, con un consumo inaudito de mano de obra.

No había modo de hacerlo todo de una, como se hace en la sociedad industrial, y era tan enorme como era enorme la Torre. Era un caso de los que parecen paradójicos, como cuando dicen: Si dos obreros levantan una pared en dos horas, ¿en cuánto tiempo levantarán esa misma pared doscientos millones de obreros? Al tratarse de la iluminación... labor artesanal... la pregunta se volvía más pertinente.

El Año Nuevo estaba lejos. También estaba más bien cerca. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo. Oscar me prometió tenerme al tanto.

Esta iniciativa, que no sé si hice bien o mal en tomar, me dejó en estado de alerta. No tenía nada que hacer por ese lado, y todos los otros "lados" quedaron contaminados. Tuve algo de paz momentánea. Empleé la tregua en ir, como antes, a la Sala. Ya no pagaba la entrada. Me había vuelto, en cierto modo, personal de la casa.

Había una evolución en mi apreciación de la cualidad artística de lo que veía, y se debía a la espera. Siempre pasa lo mismo: la espera misma es una evolución, y el arte también es una evolución, en una espiral ascendente. La transfiguración es de rigor.

¿Qué hacer en la espera, en general? Gozar. Es lo único. Pero gozar de nuevo, en la repetición transfigurada.

Al mismo tiempo, y por la misma razón, era siempre la primera vez... Como la primera vez que había ido a la Sala, en este regreso renové mi diálogo con el arte del cine. Me maravillaba, inútilmente, de la realidad objetiva e íntima de esos filmes rituales. La simplicidad parecía haber sido hallada. ¿Pero a qué precio? Todo lo que se había eliminado (la trama, los personajes, la narración, el tiempo) seguía ahí, en suspenso, sin resolución. ¿Y entonces? Para ser de veras

radical no se puede retroceder ante las exclusiones. Había algo de sacrificial en lo que se veía; y al mismo tiempo, algo de buen sentido campesino, sólido, de ir derecho al resultado, sin pasar por los procedimientos adecuados. En el sentido común campesino siempre hay una buena parte de magia.

¿Cuál es la célula, la medida mínima, en la que se puede evaluar la calidad de un arte? Era la pregunta que me planteaba. Y esta célula absoluta, del origen, ¿podía ser la visión filmada de una tumba? ¿A ese punto habíamos llegado? Si era así, en este estadio de mis sesiones en la Sala, debía reconocer que en el entretiempo habían pasado cosas que modificaban mi visión. La vida no se había detenido. Estaba en un segundo giro: la vida, la aventura enriquecían mi nueva visión.

Cine y vida: el tema que le había propuesto al difunto profesor Armand se hacía real después de todo, incluso después de la muerte. ¿Pero quién pensaba en la muerte? La juventud profana que llenaba la Sala todas las tardes estaba demasiado interesada en la vida. El placer los arrastraba con una fuerza irresistible a los cines de la Place de Clichy. Y allí el placer tomaba la forma de una cinematografía chillona, toda hecha de "efectos especiales", en una velocidad nerviosa y apocalíptica. Acudían allí donde Hollywood apagaba la sed de imaginaciones sobreexitadas. Antes (o mejor: de paso) se detenían un momento en la pequeña Sala. Me preguntaba por qué seguían haciéndolo. ¿Los obligaban los padres? Es dudoso: los padres estaban demasiado ocupados en el comercio, haciendo dinero. Quizás el ritual de los muertos se había vuelto un hábito, iban a la Sala automáticamente, sin pensarlo.

Había una explicación más simple: la Sala era el punto de reunión y sobre todo de redistribución de esas bandas. Los cuerpos jóvenes sufren una necesidad de organización en el espacio urbano. El placer para ellos no se obtiene sino al precio de saber por anticipado dónde se lo irá a buscar. Se podrá objetar que la juventud occidental no tiene sus "Salas" para hacerlo. Es cierto, pero los jóvenes europeos están redistribuidos a priori en sus diferencias somáticas, lo que no sucede con sus pares orientales, que salieron todos del mismo molde.

Estas reflexiones, que yo hacía en la penumbra museificada de los cementerios lejanos, terminaban dándole una justificación plena a la existencia de la Sala. Aunque, por supuesto, no solo había jóvenes. También había mayores. Me puse a buscar, en el movimiento oscuro, cabezas de viejos. En ese momento me detuvo una muy joven cabeza de joven sonriéndome. Respondí con una sonrisa, que me provocó un sobresalto. No me creía en condición de sonreír. No sé qué mueca extraña habré hecho.

Estaba sentada a mi lado, y junto a ella había un joven coreano. Este se volvió hacia el otro lado, para hablar con amigos, y aproveché la ocasión para dirigirme a la chica. Le dije algo, no recuerdo qué.

—Apenas si hablo —me dijo a media voz—. No sé el idioma.

—Tu acento es perfecto.

—¿Viene a menudo?

Etc. Se fue.

Llego a la parte más difícil de escribir de mi relato: mi relación sexual con la joven desconocida. Haré un serio esfuerzo. Pero tendré que pasar por alto muchos detalles, episodios y descripciones.

Nunca antes había buscado relaciones casuales en la calle. Sabía cómo se hacía, tenía conocimiento de las técnicas usuales, y podía apreciar sus ventajas. Pero no lo había hecho. Es una actividad demasiado real para mí. Después del primer encuentro, tuve que improvisar. Todo se volvía materia de invención.

¿Iba yo también en busca del placer? Sí, puede ser, pero con una diferencia. En mi caso la decisión era ir hasta el fondo, descubrir todas mis capacidades en lo real, no una decisión de tomar lo que me correspondía de placer, sino gozar del placer atrapado, gozar hasta el último momento, entre las tumbas por así decirlo. La juventud buscaba la experiencia. Yo ya había tenido la experiencia, y venía a descubrirla despojada de contenido. Ahora, era el contenido, no la forma, el que era mi objetivo. Extremista.

Esa noche tuve que reflexionar. En los encuentros que llevan al sexo, tal como se realizan en nuestro tiempo, la primera vez es todo. En el primer encuentro hay que desplegar todo un universo de seducción, de intenciones, de congenialidad. Muy bien. Pero la primera vez, en mi caso, ya había pasado. Eso lo cambiaba todo. Ya no se trataba de un encuentro que lleva al sexo, al menos en la realidad. Era posible, pero con una mecánica diferente. La importancia se trasladaba masivamente a la segunda vez. Había que inventar una marca objetiva que significara ese transporte de peso de la primera a la segunda vez. Tomé notas mentales, hice esquemas. La solución era obvia: se necesitaba un objeto. Un regalo para la chica. Un regalo significaría no solo mi intención (la palabra podía engañar) sino el transporte de importancia de la primera a la segunda vez, haciendo de la segunda una primera en los hechos, dándole un sentido retrospectivo a la que fue primera en el tiempo.

¿Pero qué regalo? Ahí había otro problema. El objeto, la cosa, era real por definición. Pero, además, debía significar su realidad. Un pañuelo, un collar de perlas eran reales pero no hacían la realidad: dependían de la realidad general para ser reales. Yo necesitaba una suerte de pequeña máquina de fabricar realidad.

Tenía la Sala como horizonte, la Sala como particular y el cine como general. El cine tenía también su importancia en el concepto, porque era bajo su manto que sucedía todo el episodio. Los coreanos mostraban una confianza en la realidad del cine, desde el momento en que lo empleaban como subrogado en sus expiaciones. De otro modo, podrían haberlas hecho con fotografías, por ejemplo, llevarse consigo en la emigración una foto de la tumba de un ancestro. Pero no: habían elegido el cine como realidad segunda, y funcional.

Ahí podía haber menos un tema de realidad que una infatuación con la modernidad técnica. Pero en ese caso habría sido más verosímil elegir un sistema verdaderamente moderno, como una transmisión satelital de los cementerios coreanos, o bien la realidad virtual, antes que ese cine anticuado con aspecto de documental de las viejas vanguardias (que me había encantado).

Los progresos de la técnica se reducen a hacer real lo que el hombre ha soñado. La comunicación a distancia, las bases de datos, los transportes a gran velocidad, los trasplantes de órganos, todo estaba ya en los cuentos fantásticos, en la imaginación, en los fantaseos, hace miles de años. Y la técnica, la ciencia no van un paso más allá. Se reducen a hacer realidad. Y a perfeccionar o funcionalizar, pero sin ir un paso más allá.

Debía sacar provecho de esta situación para mis fines inmediatos. Después de algunas vacilaciones me decidí por un pequeño objeto que tenía algo de joya y algo de juguete: un anillo. Lo fabriqué yo mismo, trabajando toda la noche. Hice en cobre blanco un anillo a resolución eléctrica con movimiento espontáneo. Giraba sobre su propio círculo, mostrando sucesivamente dos minibrazos trifásicos Mickey, uno con rostro francés, el otro coreano. Terminé al amanecer. Me acosté y dormí hasta el mediodía.

A las seis, con el regalo en el bolsillo, estaba en la Sala. Era domingo, y las masas compactas de jóvenes coreanos entraban y salían. ¿Cómo reconocerla? Todas me parecían iguales. En la oscuridad, me arrojé sobre la primera que vi sola.

—¿Cómo va? ¿Viniste sola?

—Sí. —Impasible.

—Te traje una cosita. —Sin más, le di el anillo. Se lo puso en un dedo, lo vio funcionar, a la luz lívida de la proyección, y dijo:

—Gracias, Ivan.

—No me llamo Ivan.

Me gustó que tomara el regalo con naturalidad. Después de todo, un objeto maravilloso seguía siendo una cosa. Yo esperaba mucho más de la relación. Se llamaba Li. Lin Li o Li Lin, no sé bien. Pero con Li bastaba. Con la dicha de un condenado a muerte, hice paso a paso, milímetro a milímetro, todo lo que había que hacer, y pasamos la noche juntos. Éramos amantes, pese a la diferencia de edad

Era joven. Tenía veinte años. Pero ya había vivido una vida. Descubrí, con estupor, que bebía, cosa que, a su edad, se podía permitir. La comunicación era difícil, hablaba muy poco francés, y ese poco muy mal. Su discurso tenía algo de sintaxis, pero no

vocabulario. Buscaba la palabra, no la encontraba, y tomaba otra dirección. La sinuosidad resultante hacía el encanto poético de nuestras conversaciones y me instruía sobre muchos hechos que no habrían salido a luz si ella hubiera hablado del modo convencional.

La bebida le daba un aspecto de madurez que le impedía aprender el idioma. De hecho, no bebía mucho; al menos yo nunca la vi beber en exceso. Pero no la veía todo el tiempo. Interrogarla sobre su vida privada era perder el tiempo. Las respuestas se desviaban siempre, y yo descubría mundos nuevos.

Su piel lisa, de tinte oscuro, era un mundo nuevo para mí. La perfección de su cuerpo me transportaba noches enteras. Pero la perfección es un atributo de la poca edad. La "edad de oro" es una edad inexistente, todo el mundo está de acuerdo. El horror de la imperfección llega con los años. La fealdad, la malformación, es cosa del tiempo.

Me habría gustado dejar mi huella en su piel. Tengo horror de la crueldad, pero no, muy por el contrario, de sus consecuencias. Mi sueño secreto es tener bajo las manos la piel más lisa y tensa (es por eso, descubría, que los muy jóvenes orientales eran un ideal difícil de igualar) y al mismo tiempo ver sobre esta piel las huellas de una crueldad que debería ser mía, pero en otra vida. Lo imposible constituye el fondo de mi deseo. La piel marcada y la piel sin marcas... ¿Cómo lograrlo? Quizás por la magia del cine, por la repetición.

Las amo muy jóvenes también por otra razón: la juventud es dócil, obedece las órdenes más contradictorias. Quiere decir que la juventud se acomoda a dos preferencias contradictorias y exclusivas.

Estos deseos oscuros (quizás se podría hablar de sadismo) pueden parecer fuera de lugar en un modesto obrero como yo. Observo las incompatibilidades, ¿pero qué puedo hacer? Desde que escribo siento la necesidad de ser verosímil. Es como si, en el espesor de los días que dedico al trabajo terrible de escribir, se produjera un envejecimiento, y con él una caída de una supuesta perfección. El verosímil es el dispositivo para impedir la caída en el tiempo; con él, uno se queda siempre en un comienzo. Pero no debería importarme el verosímil. En mi caso es superfluo, ya que escribo mi propia historia, y mi historia es real.

Lin no me hablaba de amor, prefería hablar de su profesión. O bien quería hablar de amor y las desviaciones léxicas la llevaban a la profesión. De hecho, no tenía profesión, solo había hecho una breve carrera de cantante pop, que ya parecía terminada. Se había embarcado, un año atrás, en el movimiento *shoegaze*, esas cantantes que se presentaban mirándose los pies, nunca al público.

Ahora el *shoegaze* languidecía y se lo podría considerar muerto. La sucesión de esos estilos de moda en la música va muy rápido, es casi semanal. No era razonable pedirle larga vida a algo tan extravagante como esas chicas tímidas que no levantaban la mirada del suelo. Habían gastado la novedad en unos meses. Bajo el nombre artístico de Lynne, mi pequeña amiga había hecho giras con su grupo en los Estados Unidos y Japón. Su teatralidad tenía un solo gesto, y una vez que todo el mundo lo hubo visto, se terminó. Por mi parte, lo encontraba injusto, porque Lin era una *shoegazer* auténtica, y seguiría siéndolo siempre en su intimidad conmigo, su mirada fugitiva sugería un fuera de campo donde estaban pasando otras cosas, otros episodios. Quizás esa era la función de la

velocidad de los movimientos del arte vanguardista: darles a todos la oportunidad de participar, de hacer arte. Lo que no se podía prever era el momento de la aparición del movimiento adecuado a cada uno. Con Lin, había venido en su juventud. ¿Y después? ¿Qué hacer el resto de su vida? ¿Habría que inventar un nuevo uso para su personalidad?

Cuando comenzó a hacerse evidente que la muerte del movimiento *shoegaze* estaba próxima, Lin y su hermana, con la que constituían el dúo, se entregaron a la bebida. Pero no: la bebida venía antes, como un medio de darse valor, de domar la timidez enfermiza que les impedía subir a un escenario. Las borracheras se sucedieron. Pero la velocidad de los acontecimientos dejaba atrás el alcoholismo. Era la vida al revés. Ahora que su carrera había terminado, tenía proyectos, de estudiar música, de aprender, de componer.

Con ella, me volvía el viejo temor de hablar dormido, de decir cosas inconvenientes. Tenía miedo de hablar dormido en otro idioma, desconocido por mí, pero quizás no por ella. Y entonces quizás ella me respondería, dormida también, y habría un diálogo distinto, en las sombras, del que yo no sabría nada.

Mis secretos estaban en peligro.

Pero ¿tenía secretos? ¿Cuáles? En ese estadio de los hechos, no veía más que uno: proseguir la aventura, llegar al fondo. La aventura con Lin me daba acceso a otras aventuras sexuales, con otras chicas. Para mí, todas eran la misma.

El fondo último era llegar a la realidad, a ese lugar hacia el cual había tendido toda la vida con todas mis fuerzas sin llegar jamás. La chica coreana era una oportunidad. Con ella podía hacerlo todo,

todo lo que se podía imaginar, y ese "todo" era la clave, solo pasando por el todo se podía llegar a ver lo real oculto. (Encontraba curioso que esas reflexiones fueran al revés de la tendencia estética de la que el cine de la Sala era el estímulo; el arte de vanguardia está todo hecho de limitaciones y restricciones, y es el todo, precisamente, lo que queda reprimido).

El todo abarca lo verosímil y lo inverosímil. En este casillero final cae el hecho de que una persona como yo, no un intelectual sino un obrero, haya estado separado de la realidad toda mi vida. Si hubiera sido un pensador, un escritor, sería aceptable. Pero, en fin, el "todo" reunía las incongruencias en una gran homologación.

Una lección al respecto fue la siguiente: Lin hablaba dormida. En lo más profundo de sus siestas se cubría de sudor y gritaba:

—¡Tómalo...! ¡Tómalo...! ¡Es tuyo! ¡Mi delantal de luz!

¿Qué quería decir? ¿Qué era ese "delantal de luz", tan ausente, en su corrección léxica, de su habla de la vigilia? Yo me imaginaba cosas...

—¡Es para ti! ¡Para ti...! —gritaba, revolviéndose. Desnuda, el anillo brillando en su anular, giraba a gran velocidad en un rojo vivo, los Mickeys proyectando rostros hechos de electrones puros. Lunas diurnas...

Veía ahí un mensaje para mí, como ella misma lo decía, "para ti...", para su amante electricista. Un don para mí, y para mí solo. Un don de la cosa, de la materialidad de la cosa. Y la cosa (¿pero cuál cosa?) me perseguía, día y noche, como una idea fija, con lujo de precisiones pero sin definición, como una obsesión.

Un Cristo endógeno estaba inyectando proteínas malas en mi torrente sanguíneo. El hábito de la introspección, que a tantos temores e hipocondrías conduce, en este caso me favoreció porque pude hacerme sin ayuda de médico ni psicólogo un diagnóstico acertado. Había desertado de la clase obrera a la que pertenecía para venir a hacer vida bohemia en una *chambre de bonne* con vista a los románticos techos de París. Me lo permitía un Estado condescendiente que mantenía con vida a los desocupados, es cierto que con la condición de que se ocuparan de sus familias. De esta condición me desentendí, sobre la base de un simple cálculo del que resultaba que una esposa gastadora y dos hijos exigentes en ropa de moda y diversiones habrían necesitado una suma que triplicaba, por lo menos, la que el Estado me asignaba. Una vez hecha realidad la fuga, los sueños me indicaron cuál era el precio que debía paga por ella. (Aclaro que no fueron los sueños solos, quiero decir que fueron sueños que venían de los Libros Proféticos, lecturas que habían alimentado mi sexualidad naciente en la mediateca de Belleville). El precio entonces, descifrado en esas noches del sexto piso, era mantener una estricta castidad, la llamada Castidad de París.

La castidad se me había escapado por todos los agujeros del cuerpo. Mi aventura con Lin había roto el pacto. Había incrustado a esta bella jovencita en el muro que separaba mis dos vidas. Ya no

tenía necesidad de atravesar ese muro. Un obrero siempre puede ser sodomizado por su empleador, no por sadismo ni por exhibición de poder, o no tanto por eso, como porque el que nace obrero y sigue siéndolo ofrece un solo lado al prójimo: su condición. Pero un obrero que dejó de serlo por haber tomado el destino en sus manos puede sodomizarse a sí mismo porque ya dispone de sus dos lados.

La clave de una transformación exitosa está en el tiempo. En realidad, el Padre Tiempo tiene todas las claves. Me reproché haberlo descuidado tanto, encerrado en mi torre de marfil, en el mundo enrarecido del cine y el amor, donde el tiempo es solo objeto de medidas artísticas. Para ponerme al día empecé a leer el diario todas las mañanas. Compraba *Combat* y me sentaba en el café. Decidir hacer esta salida y esta lectura, lo había visto y me lo había permitido como algo distinto, una rareza caprichosa para romper la rutina, casi una extravagancia. Pero una vez que estuve frente a mi taza de café y a las columnas de tipografía apretada del *Combat* en las que había forjado mi identidad de clase, y miré a mi alrededor la sólita atmósfera del café, los parroquianos de siempre, la patrona... caí en la cuenta de que eso era lo normal, lo real, mientras que lo extraño y fuera de las normas era lo que estaba viviendo en el sexto piso y en la Sala y en todo lo que era mi vida de los tiempos recientes, un mundo aparte hecho de cine y coreanos (y amor). En el café volvía al mundo compartido de mi prójimo, y era como regresar a casa, al lar acogedor de lo real, que en mis extravíos de desclasado había creído perimido. Estos sentimientos de reencuentro me hicieron naturalmente echar una mirada a mi alrededor, y lo que vi en la mesa del rincón, donde el cinc hacía un codo, no hizo sino intensificar la sensación de realidad: era Marguerite Duras, la

escritora y cineasta de vasta trayectoria. He notado que cuando uno se encuentra en la calle o en un lugar público con alguna celebridad, aun cuando sea una de las que le hacen decir a uno "creí estar soñando", la realidad se afirma y solidifica; por contagio toda imagen es arrastrada hacia la tridimensionalidad.

Además, Duras no era una celebridad cualquiera. Había estado anunciada desde el momento en que confundí con ella al profesor Armand, lo mismo que cuando había visto una afinidad entre sus filmes y los de la Sala. Quizás alguien le había hablado de la Sala, había despertado su curiosidad y había venido a ver, y después se había sentado en el café a tomar notas sobre la experiencia (aunque no estaba escribiendo, sino que tenía la vista fija en mí como si yo fuera una aparición). Eso explicaba su presencia aquí, ella que no salía nunca del *cinquième*.

La vi ponerse de pie, y el reflejo del sol poniente sobre la marquesina del Carabelle de enfrente la iluminó, casi como un aura, que no habría estado fuera de lugar en su persona de mito viviente de la cultura moderna... pero el efecto fue otro: me mostró que no era ella. Era una viejecita coreana toda arrugada, que se le parecía. Lo curioso es que estaba vestida de hombre, con un traje anticuado de casimir a rayas con solapas tan anchas que se las diría alas prestas a desplegarse. Tuve que rendirme a la evidencia: era un hombre, y de nacionalidad francesa, un connacional. No es raro que los rasgos de un europeo al envejecer tomen un aire oriental, tampoco es tan raro que los viejos empiecen a parecer viejas, lo que explicaba mis errores.

Pasó a mi lado como si no me conociera, salió y se confundió con los fieles que venían de la Madeleine. Me dejó pensando. No había

nada que hacerle, la ilusión de normalidad cotidiana, de café y *Combat* como todo el mundo, se caía a pedazos, y a pedazos irregulares, irreconocibles, como fichas de una lotería de perdedores. Mi vida había entrado definitivamente en la vía de los fantasmas, que es de una sola mano.

Derrotado, volví a la Sala. ¿Qué iba a hacer? Qué importaba que ahora para mí todo fuera anormal y excéntrico: me lo había buscado, y más me valía asumirlo y digerirlo. No sé si por la disposición especial en que me senté frente a la pantalla, o porque mis sentidos estaban maduros para notarlo, lo cierto es que empecé a percibir una dimensión nueva en las tomas grises de los cementerios: el sonido, el lado temporal de las imágenes. Siempre había algo que aprender en este reducto. Ya dije que esas breves películas *tombales* encadenadas no tenían otro sonido que los ruidos circunstanciales del cementerio donde se rodaban. Y los cementerios son lugares naturalmente silenciosos. La Sala por su parte estaba lejos de ser silenciosa, con las constantes entradas y salidas de los coreanos y sus murmullos, debidos estos a que empleaban la Sala como punto de encuentro y planificación de sus diversiones de la noche.

Aun así, de la pantalla (o en realidad de un viejo Magnavox de madera de encina a un costado de la escena) salía un flujo apreciable de pequeños ruidos ambiente, que un micrófono muy sensible había tomado en los cementerios. Era un sonido inútil: no tenía función alguna en el ritual general, que podía omitirlo. Pero el hecho es que no eran filmes mudos. Las cámaras empleadas debían de tener un sistema incorporado de toma de sonido, que funcionaba

en automático. Pero eso no era todo. El sonido contribuía al realismo, hacía cine. Y el cine era el corazón del dispositivo.

La banda de sonido hacía el tiempo, la duración. Y la toma en directo, como era el caso aquí, hacía marchar la cosa en el tiempo real. Yo sentía el continuo creado entre la Sala y la vida. Al salir de la Sala, el sonido ambiente estaba ahí, presente, en presente: en París, en la calle, en mi casa... Había una diferencia, sin embargo, entre los sonidos que me rodeaban en la realidad y los de las películas. Estos eran sonidos representacionales, reproducidos analógicamente. El medio de la reproducción era la electricidad.

Los pequeños ruidos sin importancia, empaquetados para siempre en una envoltura eléctrica, volvían. Los oía de noche, con Lin dormida, a veces solo durante el día, mientras escribía... Un canto de pájaro coreano, un suspiro del viento, un roce del follaje, un paso sobre la grava, un auto a lo lejos, quizás por la autopista al otro lado del cementerio. Volvían, como los muertos bajo las imágenes de las tumbas. Después de todo, era un lugar común del cine comercial.

Con una atención y una memoria perfecta, habría reconstruido una historia a partir de esos sonidos. Pero no era necesario. La reconstrucción se hacía sola: el "tiempo real" y la electricidad se ocupaban. No necesitaba que los muertos se exhumaran penosamente de los sepulcros a la medianoche: yo hacía mi propio muerto, era mi fantasma, que volvía del fondo de mi historia. En mi juventud, casi en la infancia, debí hacer la elección: electricidad o vida. El horrendo trabajo se había impuesto. Renuncié a vivir a cambio de la normalidad. Y ahora, pasada la cincuentena, mi vida entera, pese a mis esfuerzos heroicos, se volvía espectral.

Mientras tanto, nuestra relación le había devuelto a Lin el deseo de vivir. Dejó la bebida y se dio al trabajo. Instaló en el cuarto, ya colmado de *bric-à-brac* coreano, su teclado eléctrico, sus micros distorsionantes, su sampler, y un grabador de dieciséis bandas. Empezó a grabar demos, o "maquetas", de sus nuevas composiciones. Salía de una prolongada depresión y volvía a componer, enriquecida por haber pasado tanto tiempo negándose a la experiencia. La música de raíz *shoegazer* bebe su poesía de la depresión juvenil. Decía que yo era su fuente de inspiración, lo que me dejaba perplejo. ¿De qué hablaban sus canciones? ¿Cómo saberlo? Estaban en inglés. El ambiente se llenó de sus melodías de tres o cuatro notas, pues no iba mucho más allá ni lo necesitaba para darle un fondo sonoro al susurro de sus recitados en semitonos.

Contrató a un ingeniero de sonido, que se vino a vivir con nosotros. Era un negro, creo que norteamericano, de nombre Néstor. Tardé un poco en darme cuenta de que se quedaría. Uno siempre es el último en enterarse. Los tres en ese espacio ya colmado de objetos estábamos tropezándonos todo el tiempo. Y Néstor (lo interrogué con toda la delicadeza que permitía la diferencia de idiomas) no tenía un centavo. Yo compraba la cerveza, algo de comer... y empezaba a ver desaparecer mi capital. La vida no era fácil. Pedí una entrevista con Fon, y me expliqué: necesitaba un aumento. Su respuesta fue multiplicar el movimiento de objetos en mi pequeño cuarto, y exigirme que hiciera el inventario con más detalle. Esto me obligaba a escribir durante varias horas por día, hasta tener verdaderos calambres mentales. Se me agotaba la imaginación para crear los episodios con los que representaba las

entradas y salidas, las dimensiones, las formas y los colores de los objetos de los que se me hacía depositario.

Como si eso no bastara, Hélène venía a visitarme con frecuencia creciente. Su objetivo, por supuesto, era sacarme dinero. Me volvía loco. Tuve una entrevista con ella también.

—Eres una harpía.

—Dame la plata, cínico.

—¡Pero si no tengo!

—Para la puta coreana sí tienes.

—Ella es independiente.

No habría debido decirlo. Hélène se puso roja de furia.

—¡Las putas siempre son independientes, imbécil! La mujer de un obrero depende del obrero. ¿No lo sabías?

Levantaba la voz. Estábamos en el café, y las miradas empezaban a volverse hacia nosotros.

—Escucha, Hélène... Envejezco. Ya no soy el mismo. Debes comprender.

—Yo también.

—Vivo en la angustia.

—¡Mientes!

—No hagas una escena. ¿De qué sirve? Me malinterpretas: dije que ella era independiente...

—¡Miserable!

—... porque no tiene nada que ver conmigo. Es una cantante *shoegazer*. Yo le subarriendo el cuarto por las tardes, para su trabajo. Viste al negro, es su amante.

Apareció la sombra de una duda en los ojos oscuros de mi esposa.

—Mientes.

—Digo la verdad.

—Tienes negocios dudosos. Iré a la policía. ¿Qué hacen esas tumbas y esos aparatos de cine en tu cuarto?

—¡Mozo! ¡Dos blancos más!

—El vino, siempre el vino. No me embriagarás.

—No, Hélène. Mi intención es darte una perspectiva más realista.

Ilye, el mozo ruso, vino a llenar los vasos.

—Gracias, Ilye.

—A la salud de todo el mundo.

—¿Me responderás?

—¿Dónde estábamos? Ah sí, el cine. Subarriendo, ahí también.

—¿Y qué haces con la plata?

Era un círculo de hierro.

—Es poco, muy poco.

—Entonces dame poco. ¡Para tus hijos!

De esos encuentros, que se repetían, salía aniquilado, y con los bolsillos vacíos. Iba a embrutecerme a la Sala, con la fascinación de las imágenes. ¿Cómo hacerle comprender a Hélène las complejidades de mi situación? Su psiquismo era muy literal. De hecho, yo daba más dinero del que recibía. Lo cual era insostenible. Todas mis expectativas se cifraban en la realización de algún acontecimiento imprevisto a partir del cual se produciría un cambio generalizado.

Y lo peor era que pasaban cosas. Quizás el cambio debía venir no de los hechos sino de su falta, no sé.

Un día, volviendo a casa después de un paseo triste, encontré a Lin y a Néstor en conversación con una mujer sentada en mi cama.

Por un instante aluciné que era Hélène. Pero no: era negra, y muy hermosa.

—Bonjour monsieur —me dijo con una sonrisa triste. Había llorado. Tardé un momento más en reconocerla: era Lisa, mi vecina, la mujer de Oscar. Continuó la historia que mi entrada había interrumpido:

—El tío Mbengué me lo advirtió...

Ya las primeras palabras que oí me hicieron ver que ni Lin ni Néstor estaban en condiciones de entender; ella, porque su francés precario no le permitía descifrar el mechado de marroquineses de la negra; él, porque no hablaba más que inglés. A mí tampoco me sería fácil, dada mi extracción social, adversa al cosmopolitismo, digan lo que digan los manuales de marxismo (que por lo demás dicen que los explotados del mundo deben unirse, no que deben entenderse). En fin, tendría que inventar, a partir de lo poco que captaba.

El tal Mbengué era el brujo consultor de la tribu selvática más allá de los manglares donde se bañan los elefantes, atrasado rincón marroquí del que procedía nuestra bella vecina. La había prevenido contra un matrimonio precipitado por amor. Decía que Oscar pertenecía a una familia de Reconstruidos, seres que en lugar de reproducirse se armaban con pedazos utilizables de sus padres. Lisa, que ya por entonces tenía además de su sorprendente belleza aires universitarios, no pudo menos que reírse de tan penosas supersticiones. Oscar la tenía subyugada.

—¡Cómo no me di cuenta! —gemía sentada en mi cama—. La sabiduría de los pueblos salvajes se expresa mediante parábolas. Oscar es exactamente lo que me dijo el tío Mbengué.

—No me asuste.

—Usted, que es escritor, sabrá sacar provecho de estas historias. Yo estoy harta. Me voy. Lo dejo.

Como si a mí me importara, traté de hacerla entrar en razón:

—Ya que se arrepiente de haberse precipitado en el matrimonio, no se precipite en la separación.

—Es un monstruo. Un violento.

—Pero ustedes dos, negros en un país racista, juntos forman una unidad inmigratoria de fuerza, que separada puede ser vulnerable.

—Él siempre estará bien, gracias a esos viejos ricos que van a hacer *la drague* sodomita a la Torre.

—¿Y usted?

—Realizaré mi viejo sueño de ser independiente.

—Pero comprenderá que aquí... —Barrí el aire con una mano desmayada en un gesto que abarcaba a Lin, a Néstor, a mí, a la acumulación de sepulcros.

Me tranquilizó. Estaba en mi cuarto esperando la llegada de su amante, con el que tenía intención de vivir mientras Oscar no renunciara a la violencia doméstica. ¿Lo haría?, me pregunté. Poco probable. Esos salvajes son incorregibles.

¿Quién era su amante? ¿Tenía uno o era otra calumnia del orgullo? Cuál habrá sido mi sorpresa (manifestada con gestos, encuadrados en una cortés discreción) cuando me dijo que no era otro que el flautista del departamento de al lado. Debo decir que nuestro sexto piso está compuesto de seis pequeños departamentos estudio, o *chambres de bonne*, la mayoría empleados para usos circunstanciales: el flautista por ejemplo no vive ahí sino que lo alquila para practicar su instrumento en calma, lejos de su familia. Y también, eso lo comprendí desde el momento en que oí a Lisa, para

sus citas con la negra, cosa muy práctica para ella, que vivía a seis metros, pero también peligrosa. Lisa se mudaba en esa dirección. No se iba lejos. Si su objetivo era poner distancia con su iracundo marido negro, no podía hacerlo peor. Pero yo, en mi calidad de testigo casual, no tenía nada que objetar. Por lo visto ella quería vivir peligrosamente. Habituados por el transcurso de innumerables generaciones a convivir con leones y rinocerontes, los negros son temerarios por naturaleza.

Me preguntó si lo conocía.

—A... ¿cómo es que se llama? ¿Franz? Sí, hemos hablado.

Había sospechado que el tipo no era flautista. Era muy grande, muy pesado, no joven, siempre con gabardinas oscuras. Era alemán o austríaco. Hablaba con fuerte acento, y se decía sobrino de Von Karajan.

Horas después los sonidos de la flauta nos hicieron saber que había llegado. Lisa se despidió, agradeciéndome, y cargó con su maleta.

—¿Quiere que le diga algo a Oscar? —le pregunté.

—Nada. Quiero que piense que volví a Marruecos. Es lo que le digo en la carta que le dejé.

—Ah, bien. ¿Pero vivirá aquí? La verá, tarde o temprano.

—Si me ve me creerá un recuerdo. Nosotros creemos en las imágenes remanentes. Por tener la piel oscura, ustedes los franceses nos creen inferiores, más cercanos al mundo animal que al humano. Ojalá fuera cierto. Los animales son más humanos que los hombres, al menos que algunos hombres, como mi marido. Pero tenemos algunas ventajas, y esta de las imágenes remanentes es una. Ustedes tienen que recurrir al cine.

Hice una mueca de escepticismo. Cuando se hubo ido, Lin me pidió que le contara la historia, que no había comprendido (Néstor tampoco). Hice lo que pude, pero era casi imposible. Tuve que inventar. La fatiga me desalentaba. Un empleado de Fon había venido a dejarme en custodia una maravillosa pantalla plegada de cine infantil, antigua, de seda opaca con brazos móviles, una suerte de abanico rectangular, en una vieja bolsa de cuero rojo con inscripciones doradas en coreano, y debía registrarla en mi cuaderno, ¿con qué historia? El trabajo narrativo era incesante.

A partir de ese día Lisa vivió a un costado, Oscar al otro. Yo los evitaba a los dos; espiaba los sonidos del pasillo antes de abrir la puerta para salir. El sexto piso estaba maldito. A Lisa y Oscar no los separaba más que mi cuarto, que se llenaba de la música gaseosa de Lin. Era como si esa música fuera el único muro entre el marido furioso y la adúltera fugitiva. Y yo tenía miedo de que en la transparencia de la música pop corrieran mensajes incontrolables. Después de todo, no sabía qué sucedía en la inspiración de mi amiguita, de qué fuentes bebía, qué efectos se proponía producir. Me horrorizan los problemas con los vecinos, y verme en ese trance me hacía vivir en un estado de nerviosidad angustiante. Me habría mudado de haber tenido los medios para hacerlo. Pero el deseo de evasión, eso ya lo sabía bien, era un deseo vano. Lo había hecho una vez, huyendo de mi vida de obrero, y había aprendido la lección.

En cierto modo me mudaba, en el campo de la imaginación, instalándome en la Sala tardes enteras. Embutido en mi butaca veía sin solución de continuidad un cine funerario a lo lejos, en un teatro viviente de sombras cercanas que me rodeaban.

Tenía la impresión de que los coreanos se multiplicaban. Probablemente era más cierto de lo que pensaba. Aunque ya no leía los diarios, sabía (no podía ignorarlo) que la inmigración seguía en alza. Pero las multitudes sedientas de expiación que se hacían presentes en la Sala en número cada vez mayor ¿respondían realmente al alza de la entrada de coreanos en Francia? Parecía posible. Al mismo tiempo, esa cuenta tenía una grave falla. La mayoría de los coreanos que me rodeaban en la Sala eran jóvenes, demasiado jóvenes para ser inmigrantes. Se los diría más bien hijos de inmigrantes. Ahí justamente estaba la falla. Porque yo nunca había visto un niño coreano, nunca una madre coreana con un bebé, jamás chiquillos coreanos invadiendo un parque o saliendo de una escuela. Todos eran ya adolescentes, ya liberados de sus padres, haciendo su vida, buscando placeres. Había un salto inexplicable.

El grado anterior o posterior de las generaciones empezaba a obsesionarme. Pensaba en él todo el tiempo.

Me evadía de mis problemas en la Sala. Todo el mundo tarde o temprano necesita un descanso, un sopor. Lo malo es que el camino de la huida de la realidad conduce a otra realidad de la que también había que irse... tarde o temprano. Había encontrado en la pequeña sala del barrio una segunda realidad que me había capturado con la fuerza inaudita de los ocho brazos del pulpo de las profundidades del cine: y volvía a la Sala en busca de una segunda evasión... Ahora veía cernirse sobre mí una tercera realidad, hecha de un vacío: constataba en mi fuero interior que no había niños coreanos. Al menos yo no los veía. Había adultos y jóvenes, pero no niños. ¿O los escondían? ¿O es que yo tenía un punto ciego, una mancha vacía en mi percepción? Era alarmante, porque hacía pensar que podía tener otras. No hay cosa más incómoda que entrar en un estado de desconfianza de la percepción propia.

No sé si habré hablado en sueños (¿pero en qué idioma?) o si la cuestión de los niños, al volverse obsesiva, se tradujo en mis rasgos o gestos, pero Lin se enteró. Y a mi turno yo me enteré, no sé si a partir de sus discursos inconexos, de su música o de su palabra cuando dormía, de que ella tenía un hijo, resultado de la vida ligera de las giras, un hijo que no veía nunca y que criaban sus padres. No bien lo supe, se apoderó de mí una ansiedad por verlo. No podía creer en su existencia, necesitaba una confirmación, no solo de su existencia personal sino de la realidad de una infancia coreana

tangible. Me adelanto a decir que no lo vi. Mi deseo tuvo una fea consecuencia: mal comprendido cuando hablaba, dormido o despierto, Lin se hizo la idea de que yo me proponía un secuestro. Y ella no se oponía, lo creía factible, aunque difícil, porque sus padres eran muy posesivos. Comenzó a hacer planes con Néstor, quien quizás había entendido algo distinto.

La dificultad de comunicación entre Lin y yo hizo que me quedara sin saber el sexo de su hijo. Era una cuestión particularmente difícil de resolver en el marco interlingüístico franco-coreano. Y, además, no hice el esfuerzo correspondiente. Porque el punto tocaba un sitio sensible en mi persona. Ya dije, en una anotación anterior, que tengo dos hijos producto del matrimonio de mi vida obrera, gemelos. Había vivido como una injusticia palmaria el hecho de que, dado que habían sido dos en lugar de uno (un solo parto, dos hijos), fueran varones los dos. No es que haya sentido un deseo soterrado de tener una hija, pero ese "dos", reportándolo a "dos sexos", rengueaba con mis "dos" hijos, como una falla lógica. Inconscientemente culpé a Hélène, y desde entonces data nuestra desavenencia.

En la Sala recuperaba la vieja fantasía de haber tenido una hija. Sabía que era irreal, imposible, pero... ¿Acaso hay algo que sea verdaderamente imposible? Después de todo, estaba viviendo una suerte de aventura, de romance... No era una aventura de verdad, en tanto estaba inmóvil como la estatua de la Fatalidad en mi butaca de la Sala. Pero al mismo tiempo era cierto, en la medida en que la Sala era mi aventura. Y en tanto veía las imágenes de la pantalla también estaba viendo, por un trueque de irrealidades, a mi hija no nacida. La veía, veía sus rasgos microscópicos, todavía fetales, como

un collage fluido y cambiante de los rasgos de Lin, de Hélène, de la negra... Y al instante se desarrollaba, se volvía una joven, una flor hipercoreana. Estaba seguro de que me daría inquietudes, y de las peores. Sobre todo porque en su cuerpo inmaterial (y puramente imaginario) todo era irreversible... por ejemplo la pérdida del cabello. Es algo muy raro en las mujeres, en las jóvenes, pero hay enfermedades... enfermedades misteriosas... y mi hija bienamada se quedaba calva. Su imperfección me volvía loco de dolor, me llenaba un deseo insoportable de no amarla más, de liberarme... Pero el contrato era inflexible, debía amarla con locura hasta la muerte y más allá. La única solución era hacer como si no pasara nada, como si no estuviera calva, disimular, mentir, ocultar mi dolor. Dolor al que podía darle libre curso en una sola ocasión: cuando la tomaba en mis brazos, y ella apoyaba su cabecita calva como una bola blanca y rosa contra mi pecho y cerraba sus bellos ojos, feliz de estar con su papá. Entonces no veía mi cara y yo tenía la libertad de descomprimirme, y llorar rápido... Y lloraba en la realidad, en la Sala, y las lágrimas, que conformaban el enlace mágico, turbaban mi visión y creía ver, allí donde temblaba la imagen, una tumba perfectamente esférica mojada por la lluvia de las antípodas.

Por un movimiento psíquico reflejo muy comprensible, mi atención se volvía con alarma hacia mis hijos en la realidad, Leon y Hercule, dos estudiantes de liceo de origen proletario que crecían sin padre en la periferia. Más de una vez me había preguntado por el futuro que se incubaba para ellos. Los había dejado, con mi huida, en el infierno de la *banlieue*, el margen donde reinaba la necesidad, y ya se sabe que la necesidad lleva a la desesperación; la desesperación, al crimen. Para colmo, habían quedado en manos de una mujer tan

desprovista de resguardos morales como era mi esposa. No podía menos que sentirme culpable. Por el momento no podía hacer nada por ellos, estaba demasiado ocupado con mis propios problemas, y en el nivel de supervivencia estricto en que se hallaba mi economía personal no podía pensar en aportar nada material en esa dirección. La mentalidad de empresa que podía conducir a la acumulación de capital, a la riqueza, no había sido cargada en mi equipamiento mental. La raíz proletaria me había acompañado en mi huida. El anhelo de ascenso social no me alcanzó más que para pasar de la fábrica a la oficina, de un sueldo a otro. Ahora lo recordaba con una sonrisa melancólica, pero era un episodio que me pintaba entero: cuando vine al centro, al París de los escritores y los artistas, mi idea era emplearme como corrector de pruebas. Me había hecho la idea, quizás correcta (porque no tuve la ocasión de comprobarlo en los hechos) de que estaba inmejorablemente preparado para esa tarea. Aquí también, como en otras circunstancias de mi vida (en todas), intervino como condicionante el estrato socioeconómico en el que nací y crecí: la clase obrera. Es allí, en esa sima apestosa, donde se aprende a leer y se practica en adelante la lectura, sobre materiales precarios, donde reina la errata. Esto se debe a que la prensa de combate y adoctrinamiento del sindicalismo de izquierda se realiza en talleres clandestinos, con sus operadores demasiado ocupados en prevenir, oídos atentos, una *razzia* policial o un descenso de las bandas fascistas de siempre, para detenerse en detalles de ortografía o de letras salteadas o líneas traspuestas. Con el entrenamiento que ese material le había dado a mi temprana afición a la lectura, me creí apto para la corrección de pruebas en editoriales burguesas: después de haber pasado mi vida de lector

sufriendo cien erratas por página, no me costaría nada detectar una cada diez páginas en los refinados libros del París culto. Llevé mis antecedentes, que no eran más que aspiracionales, a todas las editoriales que encontré en la guía telefónica. De más está decir que no me llamó ninguna, y aunque lo hubieran hecho no les habría respondido, después del descubrimiento de ese maná generoso que era el estipendio por desocupación. Oí el ronco canto de sirenas del ocio, y me entregué a él.

Aunque no cae dentro del área de mis problemas, ya que no tengo nada tangible que dejarles a mis hijos, considero que el legado de lo material es inadecuado por ser causal de fricciones y enojos. Una herencia material, ya sea en bienes o en numerario, solo conviene si el heredero es uno solo. Si son más, los problemas son inevitables. Aun cuando no sean más que dos, como es el caso de mis hijos. Se diría que basta con dividir por dos, y darle una mitad a cada uno. En teoría suena bien. En la práctica, siempre uno de ellos dirá que su mitad es más chica que la del otro. Esto procede de una cualidad implícita en la materia, que está hecha de átomos, y son muy difíciles de contar, por ser tan pequeños.

Lo inmaterial, por contra, se presta a la división, y a la división de la división, al infinito. Es lo que yo les dejaré a mis queridos Leon y Hercule, lo más inmaterial que tengo entre manos para entregarles: el ejemplo. Me lo sugirió mi esposa, que solía rematar sus tiradas contra mí lamentando "el ejemplo" que yo les daba a los niños. Se refería, por supuesto, al mal ejemplo. Pero yo, haciendo uso de la doble acepción de la palabra, me entregaré a ellos como el ejemplo que dilucida el significado de esas palabras un poco vagas por generales o ambiguas, como "escritor". ¿Qué es eso? Yo mismo, que

alguna vez pretendí serlo, me pregunto por su significado. La confusión se disipa con un ejemplo, que en el caso puede ser "Marguerite Duras". Moralizar como lo hacía Hélène es un error porque Marguerite Duras puede ser un mal ejemplo de esposa y madre por su afición a la bebida, pero como no se trataba de calificar virtudes domésticas sino de esclarecer qué era exactamente un escritor, es un buen ejemplo por los libros que ha escrito y publicado.

Al dejarles ese instrumento infalible para no errar con el significado de las palabras podrían abrirse camino en la vida, y quizás romper la anilla de bronce (*airain*) que mantiene a los de nuestra clase en el círculo de los explotados. Mi ejemplo, que sobrevivirá a mi permanencia sobre la tierra, se presentará ante mis hijos como la perla al abrirse las valvas nacaradas de la existencia.

Oscar, el abandonado, había entrado en un cono acentuado de melancolía. Yo, como francés, siempre había creído que las razas inferiores no tenían esa clase de sentimientos delicados, que no les sirven para nada cuando se trata de trepar a las palmeras para buscar cocos o colgarse de las lianas o espantar monos. Y a la larga tuve que seguir creyéndolo, porque no se trataba de melancolía sino de una mesmerización producto del sustrato de brujería siempre presente en los salvajes. Decir que estaba fuera de sí es poco, aunque, como después se vio, era la mejor descripción que podía hacerse de él. Se movía como un fantasma. Me interesó. El caso podía servirme para las narraciones con las que representaba las entradas en mi *log book*.

Había quedado así por ver a Lisa. Como yo había supuesto, viviendo a dos puertas de distancia era inevitable que se encontraran, por más precauciones que tomara ella para mantenerse oculta. Y sucedía que no había tomado precaución alguna, y él la había visto no una sino muchas veces. Pese al testimonio de sus ojos, la creía muy lejos, en otro continente, bajo los soles leonados del Marruecos real. Aunque para ajustarse a la verdad habría que decir que era el testimonio de sus ojos el que le probaba que ella estaba en Marruecos, no en París. El juego de las visiones errantes aseguraba la paradoja, que Lisa había sido lo bastante astuta para aprovechar. Si no hubiera aparecido ante la vista de Oscar él habría

podido sospechar que estaba escondida tras alguna puerta. Al mostrarse, el pobre negro abandonado no tenía más remedio que creer que estaba viendo visiones. De rebote, lo afantasmaba y lo ponía en el estado de irrealidad que yo había confundido con la melancolía.

Me golpeó con fuerza en la conciencia el poder inopinado de la imagen. Era como para sospechar de todas ellas. Bien podíamos estar, sin saberlo, en poder de la distancia.

De la irrealidad de Oscar surgió, como una anémona envenenada, la realidad del trabajo. ¡Y yo que había creído dejarlo atrás para siempre! De algo que le había dicho hacía tiempo, quizás después de una de mis peleas con Hélène por dinero, sacó la conclusión de que yo necesitaba un empleo, y sabiendo de mi condición de electricista había hablado de mí con los contratistas de la Torre. Se trataba, recordé, de la iluminación del famoso monumento la noche de Año Nuevo.

—Pero el Año Nuevo está muy lejos todavía.

—Los preparativos ya empezaron. Hay demasiado que hacer.

Por no parecer desagradecido, tomé nota de la dirección de la oficina donde reclutaban al personal, y al día siguiente fui. Hacía tiempo que no salía del estrecho círculo cuyo centro era la Sala, y la excursión me mostró un París cambiado, al menos lo poco que pude ver porque unas brumas amarillas que subían del río ocultaban todo.

Me advirtieron, de entrada, que no tomaban obreros sindicalizados. No era mi caso. La paga era buena, y mejoró cuando en el curso de la entrevista pude exhibir mis conocimientos en el campo eléctrico. El trabajo era formidable: había que asegurar que cada una de las líneas que conformaban el tramado de la estructura

quedaran iluminadas, sin que se perdiera nada de la transparencia del conjunto. Y aunque había meses por delante, el tiempo apremiaba. Volví con una gruesa resma de papel cristal, en su mayoría reproducciones fotográficas de los dibujos originales de Gustave Eiffel, y esa misma noche puse manos a la obra.

No tardé en comprender que me sería imposible hacer todo lo que se me pedía si seguía en un plano bidimensional, es decir, sobre el papel. Es verdad que los circuitos se representan siempre sobre el plano: su naturaleza los hace aptos a desarrollarse sin recurrir a la perspectiva; pero en el caso de la celebración del Año Nuevo y la funcionalización de la Torre con ese objeto, el tiempo participaba como perspectiva. De modo que pasé a juegos de imágenes más complejas, y de ahí, razonando que "un volumen vale más que mil dibujos", vi que convenía hacer una maqueta. Una pequeña Torre, de sesenta centímetros de alto, salió de mis manos, toda en hilos de cobre. Me llevó un día entero hacerla, y comencé a estudiarla como un circuito eléctrico gigante, a medio camino entre la cosa y su representación.

Mi pequeña Torre maravilló a Lin y a su ingeniero de sonido. Nuestra relación entró en una fase de calidez, nutrida por la admiración. Y también de una nueva intimidad, porque empecé a pasar los días en el cuarto, trabajando día y noche. Por desgracia, recuperaba mis peores hábitos, por causa del estrés mental (la práctica de la electricidad siempre tiene el mismo efecto sobre mi persona): dureza, impaciencia, nerviosidad, malhumor permanente. Teníamos poco espacio, con la acumulación de objetos de la Sala, los equipos de música de Lin y Néstor, los mandaderos de Fon que entraban y salían todo el tiempo, y ahora mis circuitos. Si bien

operaba sobre un modelo reducido, el trabajo eléctrico por su naturaleza misma produce un crecimiento invasivo de espacio. Mis gritos y juramentos entraban en las grabaciones de los demos de Lin. Además, la curiosidad atraía a la negra, que pasaba las tardes con nosotros, y solo nos dejaba a la noche, cuando el silbido de la flauta le indicaba que había llegado su amante. Era la hora de la visita de Oscar, los ojos de loco negro fijos en mi Torre.

Fue en ese preciso momento, créase o no, que recibí un telegrama de una editorial pidiéndome que me presentara con urgencia... Me tomé un día de licencia eléctrica, que buena falta me hacía, y fui, intrigado por saber de qué se trataba... Olvidaba las cartas que había enviado meses atrás, postulándome fantasiosamente como corrector de pruebas. Lo recordé demasiado tarde, cuando volvía a casa con los vegetales de *Fedra* y un plazo imperioso de entrega. Que esa editorial no estuviera entre las prestigiosas, ni siquiera entre las corrientes, y que las ediciones de clásicos que encaraba no tuvieran más objeto que embolsar subsidios (el Estado pagaba por diez mil ejemplares, se imprimían mil) no hacía más relajada la corrección. Al contrario. La estafa exigía una prolijidad fuera de este mundo. Una sola errata podía llamar la atención del funcionario equivocado y desembocar en una investigación. Nada de todo esto, y hasta lo contrario de todo esto, explicaba que yo tuviera que hacer ese o cualquier otro trabajo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Me pasaba algo especial, o se trataba nada más que de la corriente de los hechos, que me arrastraba junto con el grueso de la humanidad?

O bien se trataba del conocido síndrome del inmigrante, que no puede darse el lujo de rechazar ningún empleo por haber creído que no le iban a ofrecer ninguno. Estaba pagando por haber venido de

tan lejos, en la escala social. Había venido del mundo obrero, de la periferia industrial, al centro del ocio creativo que hizo la fama y el atractivo de la Ciudad Luz. Por lo visto, más allá de mis veleidades de estética sobreañadida, había traído el trabajo conmigo como un sudor pegado al cuerpo.

La situación (no era una verdadera situación en el sentido sartreano: la palabra justa sería acumulación) sacó a relucir un rasgo de mi carácter que se había mantenido oculto, por inactivo, desde que me mudara al sexto piso: consistía en la molesta costumbre de tomarme en serio lo que hacía, volverme responsable de mis actos, no dejarlos fluir a la buena de Dios. De pronto, veía en mis manos tres tareas de las que hacerme cargo: la iluminación de la Torre, la corrección de *Fedra* y el día a día narrativo de los objetos de Fon. Y hubo un cuarto: cuando Lin se enteró de mis dotes de electricista (hasta entonces le había hecho creer que era escritor) empezó a consultarme por cada desperfecto de sus equipos de música. No pude negarme, y puse en la tarea el mismo perfeccionismo que en las demás. Me exigía demasiado. Temblaba pensando que un instante de distracción podía causar un accidente, ya fuera la electrificación de toda la Torre, ya el derrumbe de la falsa pirámide editorial, ya un *glissando* fuera de lugar en las melodías de Lin, ya un equívoco en mi cuaderno de inventario, por ejemplo dar por vivo un personaje que había muerto páginas atrás. Y era muy probable que esa distracción tuviera lugar en el vértigo en el que me hallaba.

Qué útil me habría sido en esta emergencia un detector de errores, que hiciera sonar una chicharra no bien yo me equivocara, dándome tiempo a corregir. Qué seguridad me daría. Cuánta incertidumbre despejada. Pero no existía nada así, y tendría que

seguir cabalgando mis temores y temblores. Lo que más rabia me daba era que el detector de errores se inventaría dentro de unos años, porque del progreso de la técnica podía esperarse cualquier cosa. Pero entonces no lo necesitaría (me había prometido que cuando terminara con estos trabajos no emprendería otro, viviría modestamente, en plan contemplativo, del subsidio al desempleo). Me enteraría del invento por los diarios, y diría con amargura: ¡Cuánto me habría servido entonces, cuando vivía con la pequeña Lin en el sexto piso! ¡Cuánto más habría podido disfrutar de la vida! Pero no servía de nada lamentarse. La Historia era impuntual, por eso era Historia.

Pasó algo previsible: un *breakdown*. Mi mente estalló en mil fragmentos negros, carbonizados, que se regaron por el suelo. Ni siquiera tuve tiempo de barrerlos. Había llegado a un límite de la ocupación de las horas del día. Pero ya había dejado de haber días y noches, no había más que la gruta del deber, sin las estalactitas con las que medir el espacio. No sabía bien qué estaba haciendo, pero seguía sintiendo una prisa demente, trabajaba sin pausa como el fogonero de un tren que no se detiene en ninguna estación. Era como si el tiempo se hubiera comprimido en una asfixia; solo entonces advertí qué importante era que el tiempo tuviera bastante espacio a su disposición para poder correr. Los versos de *Fedra* habían terminado haciéndome creer que el día tenía catorce horas, el número me envolvía como una serpiente melodiosa, se ataba y desataba y me martillaba la nuca. No había creído que un libro tuviera tanto poder. Y si guardaba los vegetales bajo una lápida y volvía a mi Torre maniquí, era peor: sus líneas se encendían dentro de mis ojos, me cegaban y en los soles blancos que viajaban dentro

de mi cabeza sentía amenazas y renuncias. Indiferente a mis pánicos, Lin veía en la Torre miniatura un juguete para las estrellas, creía que los hilos eran de oro, y no se lo desmentí, y cuando la encendía al máximo voltaje ella tenía que bajar la vista y era una auténtica *shoegazer* no por artificio sino para no quedarse ciega. Le inspiró la composición de todo un ciclo de canciones. La Torre se torcía manipulada por mis manos acalambradas, cada una de las catorce sílabas de cada verso de Racine caía con un ruido sordo como las gotas de brea de un enorme glaciar oscuro. Lo peor era el registro que llevaba de los objetos enviados por Fon. Hasta entonces había mantenido esta tarea bajo control, y los personajes y enredos con los que representaba el ir y venir de objetos respetaban el verosímil que corresponde a la realidad, o al realismo, siempre dentro de un registro de seriedad. Ahora, bajo presión, no podía mantener ese nivel: para escribir bien hay que estar relajado, no tener que pensar en otra cosa (por la simple razón de que para escribir algo que valga la pena se necesita un gran esfuerzo). En el estado en que me encontraba, la creatividad quedaba fuera de cuestión. Con el cerebro exhausto debía recurrir a lo convencional, como en las comedias rosa del *vaudeville boulevardier*. Como si después de alardear con vanguardismos, se terminara en la comedia tranquilizadora con desenlace de reconciliación, cada maridito con su mujercita (me refiero a las entradas y salidas de lo que mandaba Fon para almacenamiento: objeto que entraba era un Él, objeto que se llevaban era un Ella). Había llegado a la última hoja del cuaderno. ¿Qué hora era? Miré alrededor, el cuarto iluminado por los hilos de cobre de mi Torre, Lin dormida, Néstor fumando en un hueco entre

dos lápidas, yo todavía con la pluma en la mano, pensando que tendría que comprar otro cuaderno...

De pronto, me encontraba en la Sala. No sabía cómo había llegado, quizás sonámbulo. O bien siempre había estado en ella. En la pantalla sucedía lo de siempre. Me hacía bien, me descansaba la vista. Seguramente había pensado que un rato de esparcimiento no me haría mal. ¿Pero había desenchufado la Torre? Todavía resonaba en mis oídos la música de Lin, ¿o eran sus ronquidos? La había dejado dormida. Volvería antes de que se despertara. No me gustaba dejarla sola con Néstor. Después de todo ese sujeto era un desconocido. Algunos jóvenes que salían iban hablando, en un francés que me sonaba desnaturalizado después de haberme pasado la tarde con *Fedra*. Aunque quizás hablaban en coreano. Volví a la pantalla. En un gris de piedra, delicado, se sucedían las imágenes como si siempre hubieran estado ahí. Debería atesorar la calma que estaba sintiendo en ese momento, guardar la esencia y usarla cuando me hiciera falta. De regreso compraría el cuaderno. No debería ser tan exigente conmigo mismo, en materia de escritura. Lo único que importaba en el registro que me había encomendado Fon era que no faltara la anotación de ningún movimiento. Me había impuesto la obligación de hacerlo en clave, con narraciones que solo yo podría desencriptar. Pero no había ninguna obligación de hacerlo bien en términos literarios, bastaba con que fuera secreto, no tendría más lectores que yo. ¿Qué hora sería? No podía ser muy tarde, la Sala cerraba a las diez. Me quedaría un rato más, pensé, reclinándome hacia atrás. Algo atrajo mi mirada arriba. Era la Luna. Estaba en el cenit, justo sobre mi cabeza, minúscula y blanca como una perla, con Venus a su lado como un diamante. ¿Cómo podía

ser? ¿Acaso la Sala no tenía techo? ¿O yo estaba en otro lugar? No me inquietó demasiado, era una más de las cosas raras que me estaban pasando últimamente. Uno se acostumbra a todo, a eso también. El problema debía de estar en mí, y creía saber la causa. Aunque la prudencia me impidió comprobarlo, desde el comienzo había tenido la fundada sospecha de que los monumentos funerarios de cartón piedra que Fon me hacía guardar estaban huecos y contenían opio. Las emanaciones de esa sustancia debían de haberme afectado, y me estaban llevando de extravío en extravío.

Cuando volvía a casa, poco después, con la cabeza llena de sonidos discretos sin significado, con algo de la Sala todavía dentro de mí, se me ocurrió que si los coreanos se tomaban en serio la ceremonia de los cementerios, era por creer en dioses que hicieran de mediadores y ejecutores entre el expiante y su ancestro. Pero con el dispositivo cinematográfico estaban haciendo trampa. ¿Sus dioses se contentarían con el simulacro? ¿O contaban con engañarlos? No serían los primeros en postular dioses tontos, o con puntos ciegos. Quizás era razonable después de todo. Los dioses pueden tener puntos ciegos, quizás pueden tenerlos más que nosotros porque ellos son puntos ciegos. La invisibilidad de las erratas me había enseñado al menos eso.

Por las callejuelas entre la Sala y mi casa, crucé bandas de jóvenes que bajo la luz lívida del crepúsculo otoñal se apuraban para ir quién sabe adónde, al Pigalle de la vida. No habría podido decidir si iban o venían de la Sala, si ya habían pasado por el umbral visual de sus muertos, o si se aprestaban a hacerlo. No lo decían ni sus miradas ni su apostura. Su jornada de trabajo o de estudio había terminado; comenzaban las horas de ocio, la busca de la pareja sexual... ¡Pero ya la habían encontrado! ¡Era imposible no encontrarla! Todos ellos eran tan notorios, tan visibles, con sus ojos oblicuos, su tez cobriza, sus cabellos negros... ¿Cómo hacer para no encontrarse?

Yo también iba en busca de mi chica coreana, pero también ya la había encontrado. Con Lin no habíamos tenido prácticamente nada de sexo estos días: yo trabajaba noche y día, y estaba Néstor en visita permanente. Yo había depositado toda mi libido en el proyecto de terminar lo que estaba haciendo. Después... vendría una especie de vida en vacaciones, toda de sexo y pensamiento, en pura realidad.

Al llegar encontré en la vereda, en la puerta del edificio, a Hélène hablando con Fon. Vi un mal augurio en esta reunión. Ella me miraba con ojos de loca. Mi presencia la desencadenaba: no estaba hecha para conversar con Fon, y comprendí que el esfuerzo la había quebrado.

—¡Ya ves...! —gritó—. ¡Loco! ¡Insensato!

—¿Pero qué pasa?

Fon, imperturbable, me puso al corriente, en su jerga de gánster: el flautista austríaco nos había denunciado a la policía; por suerte ignoraba que Fon tenía sus espías en la delegación, lo que nos daba algún tiempo para preparar la escena. Subimos de prisa. Hélène jadeaba atrás, con su viejo miedo a la ley. Yo también estaba preocupado. En la urgencia de los hechos que veía precipitarse sobre mí, adivinaba el último episodio de la aventura. Necesitaba terminar, ya lo dije, pero, lamentablemente, el fin suele bloquear el desarrollo, y en mí seguía vigente la necesidad de desarrollar mi historia. Veía la espalda presurosa de Fon... y oía los gritos de Hélène atravesándome la nuca... Había un desarrollo todavía, pero sometido a una mecánica que se me escapaba... En efecto, subir la escalera es una acción mecánica que inhibe la actividad eléctrica del cerebro.

Pero en el sexto volví a ser yo mismo. Oscar se nos apareció en las tinieblas como un espectro. Por la puerta entreabierta de su departamento salía un hilo de luz amarilla. El negro estaba loco. Yo conocía esos estados: había visto otra vez el pretendido fantasma de su mujer, la proyección telepática desde un Marruecos imaginario. Mascullaba sus sueños perturbados. Fuimos todos a mi cuarto. Era necesario hacer los preparativos para la llegada de la policía. ¿Pero cómo? ¿Qué hacer? Por lo visto el flautista maldito había comprendido que en mi cuarto se apilaban objetos coreanos de un precio secreto e ilegal, y había encontrado ahí el camino más expedito para desembarazarse de la negra, en una limpieza general del sexto piso... No bien abrí la puerta perdí todo valor. Las cajas, las piedras, los aparatos tocaban el techo. ¿Cómo ocultarlos? Y Fon había venido solo, pero aunque hubiera traído a sus hombres, no había tiempo para quitar todo.

Lin y Néstor, ocupados en sus samplers. Se limitaron a mirarnos un instante, y nos olvidaron al punto. Hélène cayó, hecha una fuente de lágrimas, sobre la cama. Dirigí un gesto de interrogación a Fon.

—Ustedes dos son una pareja feliz —dijo señalándonos a Hélène y a mí—. Yo soy una pareja feliz con la señorita Lin —la señaló con el dedo. Y, para colmo de mi estupefacción, señaló a Oscar—. El señor es una pareja feliz con la dama negra de al lado. —Se refería a Lisa —. Él, un primo de visita —dijo señalando a Néstor.

Yo estaba con la boca abierta. Comprendí que ese *tour de force* de redistribución étnica no era más que una ficción, muy ingeniosa, muy económica, *pour la galerie*, pero ¿cómo hacerla funcionar? Abrió la puerta y me mostró en la cara externa el cuatro de bronce. Sacó del bolsillo un pequeño instrumento de fuerza y con un

movimiento retiró el número; salió por el pasillo... Comprendí. En dos minutos había cambiado los bronces de mi puerta, de la del flautista y la de Oscar. Comprendí... Era tan fácil, tan maravillosamente simple. Fon era un maestro. ¡La simplicidad de la maniobra! Todo lo que yo había venido pensando en la escalera (desembalar, cambiar la escena, ocultar) él lo hacía bajo mis ojos por el camino corto, el más corto, el cortocircuito. Cambiaba de nivel, hacía las cosas por debajo de su sentido, trocando las rúbricas generales, que son siempre las más fáciles de operar. Con ese pequeño truco la gran escena que nos habría esperado se volvía una pequeña escena, mínima.

Al oír el ruido en su puerta, apareció Lisa, temblorosa y más bella que nunca. Oscar la vio, y recomenzó su sueño. Fon, como un mago de cuento de hadas, los hizo entrar en mi cuarto, que, cambio de bronce mediante, se volvía la casa de los negros, la casita de una pareja feliz, que recibía la visita de un primo de Marruecos, Néstor. Fon, por su parte, con Lin, se instalaba en el departamento del flautista, con un proyector y unas bobinas; mirarían una película, para pasar el tiempo. Y yo con Hélène nos acomodamos en el departamento de Oscar: llevé mi Torre y el diario. Cerramos las puertas. Hélène hizo un poco de orden mientras yo enchufaba la Torre y la encendía. Me senté a escribir. Concienzudo como soy, me hice la obligación de registrar, en mi estilo, el hecho de que Fon había retirado de mi cuarto un proyector y tres bobinas. Lo cual dio lugar en el papel a unas aventuras suplementarias. Los ruidos de vajilla que hacía Hélène en la cocina me llegaban como de muy lejos. Tuve un fantaseo, pensando en Fon, tan cerca, mirando una película... Quizás lo que tenían adentro los objetos de los que yo

había sido el depositario no era opio sino cine, el buen cine que se mantenía oculto, y del que la Sala solo mostraba el reverso. Si era así, las emanaciones que había creído que eran del opio eran del cine, de la vida en sus apasionados accidentes, colorida, hermosa. Fon hacía bien en tomar precauciones para mantenerlo oculto. El mundo no estaba preparado para el buen cine. Si salía a la luz, la humanidad se sentiría justificada en sus peores irresponsabilidades e infantilismos, y nos llevaría al apocalipsis. Había mucho en juego.

Entonces mi diario, ese cuaderno del que todavía seguía escribiendo en la última página, terminaría siendo el guion de una película de hechos reales, y yo habría culminado la migración de la clase de los explotados a la de los escritores. Era la prueba de que lo había hecho bien. Qué alivio. Qué satisfactorio. Me había pasado la vida creyendo que lo hacía todo mal, y resultó que lo estaba haciendo bien, y no solo bien sino mejor de lo que podría haberlo hecho cualquier otro.

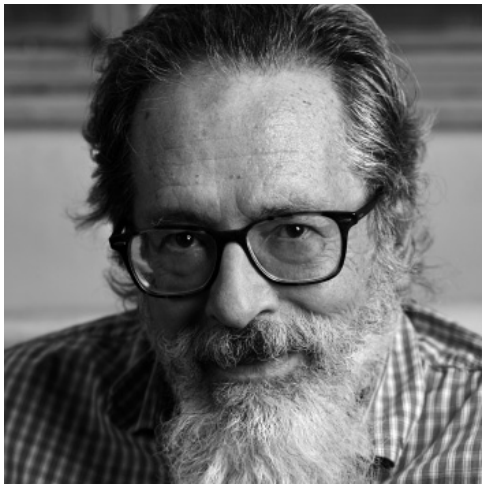
3 de junio de 1996



«Me fascina la capacidad que tiene para contar sus propias historias, ya sean fábulas políticas o elaboradas bromas inventadas, cargadas de la más pura filosofía».
Patti Smith

En el centro de París ha abierto un pequeño cine en el que incesantemente entra y sale una compacta feligresía de jóvenes coreanos. ¿Qué es lo que pasa allí dentro? El misterio atrae a un electricista desocupado que se ha mudado desde la periferia a una buhardilla para realizar el sueño de escribir. Evasivo e inesperado, ese anhelo hará que deserte de su clase y renuncie a sus convicciones ideológicas para terminar involucrado en el registro ficcional y minucioso del negocio turbio que —en paralelo— desarrollan los administradores del lugar.

Escrita originalmente en francés en 1996, ahora traducida por el autor, *La Sala* recupera, entre la nostalgia y la parodia, la atmósfera de las breves novelas que publicaba en esos años Éditions Minuit, entre ellas las de Marguerite Duras, que aquí hace más de una aparición espectral.



CÉSAR AIRA

Nació en Coronel Pringles en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la traducción y a la escritura. Aira, uno de los narradores más originales, imaginativos e inteligentes, ha recibido el Premio Formentor (2021) y es persistente candidato al Premio Nobel. Su obra ha sido profusamente publicada en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas, traducidas a más de veinte idiomas. La Biblioteca César Aira en Random House incluye *Ema, la cautiva*, *Cómo me hice monja*, *La mendiga, Cumpleaños*, *El mago*, *Canto castrato*, *Las noches de Flores*, *Un episodio en la vida del pintor viajero*, *Parménides*, *Las curas milagrosas del Doctor Aira*, *Las aventuras de Barbaverde*, *El error*, *El congreso de literatura*, *Los fantasmas*, *El santo*, *El cerebro musical*, *Sobre el arte contemporáneo/En La Habana*, *Diez novelas de César Aira*, *Evasión y otros ensayos*, *Prins*, *Fulgentius, El jardinero, el escultor y el fugitivo*, *La ola que lee*, *En El Pensamiento* y *Actos de presencia*.

Foto del autor: © Alejandra López

Otros títulos de César Aira en

penguinlibros.com



Aira, César
La Sala. Una novela francesa / César Aira. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2025.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-432-1

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de tapa: © Diego Mallo

© 2025, Cesar Aira
Published by arrengement with Literarische Agentur Gaeb&Eggers

Edición en formato digital: noviembre de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-987-769-432-1

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

La Sala. Una novela francesa
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos de César Aira
Créditos